

Género y cambio climático

Ana De Luca Zuria
Úrsula Oswald Spring
Miriam Gay-Antaki



¿Qué sabemos del cambio climático en México?
Colección dirigida por Francisco Estrada Porrúa



PINCC
Programa de Investigación
en Cambio Climático

UNAM
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

CONAM
COMISIÓN NACIONAL
DE CAMBIO CLIMÁTICO

UNAM
UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Género y cambio climático

¿Qué sabemos del cambio climático en México?
Colección dirigida por Francisco Estrada Porrúa

Género y cambio climático

Ana De Luca Zuria
Úrsula Oswald Spring
Miriam Gay-Antaki

¿Qué sabemos del cambio climático en México?
Colección dirigida por Francisco Estrada Porrúa

Dewey
305.3
G324

LC
QH1233
G324

Género y cambio climático / colección dirigida Francisco Estrada Porrúa ; colaboradores Ana De Luca Zuria, Úrsula Oswald Spring, Miriam Gay-Antaki; coordinación editorial Rubén Darío Martínez Ramírez ; edición Gerardo Mendiola Patiño ; corrección de estilo Samy Zacarías Reyes García, Marisol García Romero ; maquetación y diseño de portada Vanesa Gómez Vivas. -- 1ª. ed. -- Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Programa de Investigación en Cambio Climático, 2025.

1 recurso en línea (77 páginas) : il., tablas y figuras -- (¿Qué sabemos del cambio climático en México? ; v. 4)

ISBN colección: 978-607-30-8709-4

ISBN volumen: 978-607-587-579-8

1. MUJERES Y EL MEDIO AMBIENTE. 2. CAMBIO CLIMÁTICO. 3. ECOFEMINISMO. 4. FEMINISMO-MÉXICO

Primera edición 2025

D. R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, 04510 México, Ciudad de México

Programa de Investigación en Cambio Climático

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin la autorización escrita de su legítimo titular de derechos

ISBN colección: 978-607-30-8709-4

ISBN volumen: 978-607-587-579-8

Impreso y hecho en México

Coordinación editorial: Rubén Darío Martínez Ramírez

Cuidado de edición: Gerardo Mendiola Patiño

Corrección de estilo: Samy Zacarías Reyes García y Marisol García Romero

Maquetación y diseño de portada: Vanesa Gómez Vivas



ÍNDICE

- 9** Leer el cambio climático desde los estudios de género feministas
- 17** Género y cambio climático: Un reto para México
- 37** En este planeta nadie sobra. Una crítica al discurso malthusiano de la sobrepoblación
- 55** Cruzando fronteras: Perspectivas feministas y descoloniales para combatir el cambio climático

Leer el cambio climático desde los estudios de género feministas

Ana De Luca Zuria¹

En un atardecer del último invierno, ante una de las majestuosas playas de Baja California, en el momento preciso en el que el sol incendiaba con su belleza púrpura los cielos, me maravillé frente a ese paisaje de ensueño. Ahí estaba yo, mirando el horizonte y las montañas a lo lejos, absorta en aquello que tenía delante de mí. No me había dado cuenta de que la atención de mi hijo estaba puesta en la arena y sus brillitos que resplandecían con el sol, en las conchitas miniaturas de colores, en los cangrejos que se desplazaban tiernamente de un lado a otro. Estábamos viendo dos cosas distintas en el mismo lugar. Entonces me puse a pensar que aquello que mi hijo veía era todo un universo que yo estaba omitiendo, era otra realidad delicada, sublime. La mirada de mi hijo estaba puesta sobre lo más tangible y vital, eso que nos sostiene y sobre lo cual caminamos. Una mirada más sencilla y honesta, que empieza por entender ese primer espacio en el que habitamos el mundo, nuestra sombra en el mundo, una perspectiva que comienza por entender desde nuestro cuerpo esos lazos esenciales que nos conectan con la vida.

Para mí esa mirada genuina es lo que proponen los estudios de género y medio ambiente, y más propiamente el feminismo. Nos permiten visibilizar todo aquello que se ha omitido en el conocimiento sobre la problemática ambiental y climática. La propuesta desde el

¹ Profesora e investigadora, Facultad de Ciencias, Universidad Autónoma de Baja California. anadeluca21@gmail.com

feminismo implica mirar con los ojos de quienes han sido excluidos y cuya palabra es negada, desautorizada para dar testimonio de las cosas del mundo. Claro que los estudios convencionales han aportado significativamente al conocimiento del cambio climático, pero algunos de ellos presentan limitaciones, sesgos y distorsiones. Un aspecto fundamental tiene que ver con dar cuenta de las estructuras de poder que explican la exclusión y la desigualdad y que explican las causas más profundas que generan este y otros problemas contemporáneos. ¿Cómo es que podemos explicar el vínculo entre la violencia de género y la crisis climática y ambiental? ¿Cómo se va a vivir este fenómeno en el cuerpo, en nuestras emociones, en nuestro sentido de vida? ¿Quiénes tendrán mayores afectaciones y sufrirán más? ¿Qué sistemas políticos, económicos, culturales explican sus causas y están presentes en las soluciones propuestas? ¿Quién está autorizado/a para conocer e incidir sobre estas problemáticas? Estas respuestas pueden responderse desde las epistemologías feministas y tienen a la vez la aportación de hacerlo desde un lugar sensible y emotivo, desde el dolor y también desde la esperanza. De ahí que los estudios feministas sobre el cambio climático no se reduzcan a ver la situación de las mujeres en el marco de la crisis climática, sino que nos permiten entender de una forma profunda la totalidad de este fenómeno como ninguna otra aportación teórica lo puede hacer.

El feminismo, una revolución en el entendimiento del cambio climático

El feminismo es una propuesta epistemológica porque cuestiona las formas tradicionales de conocer el mundo y propone nuevos enfoques. Por ello, constituye una invitación abierta y permanente a explorar otras maneras de mirar, pensar y habitar la realidad. Esto es lo que

lo convierte en una poderosa herramienta analítica que nos permite comprender las complejas formas en que opera el poder en la sociedad y cómo esto da forma a fenómenos como el cambio climático. Es decir, ofrece un marco para examinar las estructuras de poder subyacentes en la sociedad. Es desde ahí que podemos entender que el cambio climático contemporáneo no es un fenómeno aislado, sino que tiene una de sus raíces en la estructura social del orden moderno patriarcal que da forma a este y otros fenómenos que hoy violentan la vida humana y no humana. Es así como el feminismo ofrece un marco para analizar y desafiar las narrativas e ideologías dominantes que tratan de promover una idea simplista y reduccionista sobre el cambio climático.

El feminismo pone en el centro de sus análisis lo político y la política, y es en ese sentido que busca desnaturalizar dinámicas de poder que están invisibilizadas en nuestra realidad social. Esto lo hace desafiando los discursos hegemónicos que permiten sostener el estatus quo y los mecanismos que permiten la desigualdad y la opresión. Es mediante este instrumento de análisis crítico desde donde podemos poner bajo sospecha los discursos y narrativas que invisibilizan la opresión, que nos hace pensar que la injusticia es una condición original. Además, el feminismo nos invita a la reflexividad y a empezar todo proceso analítico desde una autorreflexión. Nos anima a examinar críticamente nuestra propia posición y privilegios, aquellas condiciones que nos hacen desplegar en el mundo. Este ejercicio de autorreflexión es lo que nos permite reconocer que conocemos el mundo desde una situación localizada, geográfica, histórica, corporal e ideológica. Eso nos ayuda a entender quiénes y en qué circunstancias se han desarrollado los estudios ambientales y climáticos, y por qué esta ciencia ha sido insuficiente, para no decir cómplice, para cambiar y sacudir las estructuras de poder necesarias para transformar este mundo.

Una virtud del feminismo y de toda teoría crítica, es que está en búsqueda permanente de la justicia social. Esta teoría no hace solamente un llamado para entender de manera más comprensiva el mundo complejo que vivimos, sino que busca transformar y proponer otras vías para relacionarnos y organizarnos. El feminismo nos muestra que el conocimiento por sí mismo no es suficiente y que en muchas ocasiones la ciencia tradicional ha sido cómplice de la realidad precaria y desigual que vivimos. El feminismo es una invitación a despojarse de esa falsa ingenuidad para abandonar la pretendida e ilusoria neutralidad. Solamente así nuestros análisis se pueden convertir en críticos y demoledores con las estructuras de poder, cuando la meta y la acción está puesta para desafiar y transformar el orden social.

Además de su perspectiva analítica sagaz, el feminismo es también un movimiento que alienta a ir más allá de las soluciones individualistas y a considerar la acción colectiva y los movimientos sociales como un medio para transformar este mundo de miseria. Al estar en el centro de sus preocupaciones la lucha por la justicia y la igualdad, el feminismo es una propuesta para construir mundos más sensibles, más tiernos, más incluyentes y justos.

El feminismo pretende integrar diversas voces y perspectivas para dar forma a nuestra comprensión y transformación del mundo. Enfatiza la necesidad de escuchar y centrar las voces marginadas, particularmente aquellas que históricamente han sido excluidas de posiciones de poder e influencia. Con ello podemos desarrollar una comprensión más compleja y rica de los problemas sociales y trabajar hacia soluciones más inclusivas y equitativas. Es en este sentido que tenemos que hablar de las mujeres, las infancias, la comunidad LGBT+, los cuerpos racializados, las personas que migran, y de todas aquellas personas que viven dentro de los márgenes de un sistema que es violento, con aquellos cuerpos que no son de utilidad a los fines

capitalistas neoliberales y al orden patriarcal en el que vivimos. Estas son algunas de las personas quienes se ven más afectadas por fenómenos meteorológicos extremos, como inundaciones y sequías, pero también por desastres a largo plazo producto del cambio climático, como la inseguridad alimentaria, el desplazamiento y los conflictos. De ahí que los estudios feministas sobre el cambio climático pongan en duda la consigna de que el cambio climático nos afecta a todas las personas por igual, y muestran, al contrario, que estos efectos tienen expresiones distintas y terminan afectando severamente a aquellas personas que han sido históricamente marginadas.

En suma, los estudios feministas ofrecen un marco analítico poderosísimo para estudiar enteramente al fenómeno del cambio climático y las estructuras sociales que le dieron forma en nuestra contemporaneidad. Además, provee de alternativas y salidas a esta crisis de la vida que cada vez va absorbiendo más nuestros espacios vitales. La mirada del feminismo es abarcadora y no por ello menos nítida, es perspicaz, sagaz, no da nada por hecho, todo está bajo sospecha, todo es susceptible de ser demolido. Esto es lo que hace que esté a la altura de los tiempos, que sea tan maravillosa, que incomode tanto. Es lo que ha hecho que permanezca en los márgenes de los estudios académicos y de las discusiones sobre cambio climático. A pesar de que promueve valores incuestionablemente importantes, amenaza y asusta. De ahí que pueda decir que, el feminismo es el fantasma que recorre las calles del mundo entero, que recorre también los cuerpos del mundo y nuestros cuerpos, pues al desnaturalizar el mundo opresor, es decir, al reconocer que no hay nada natural en la manera en la que este mundo funciona, toma por asalto a quienes han creído altaneramente que pueden seguir actuando impunemente, injustamente. Pero este fantasma del feminismo ya hace tiempo que recorre el mundo, personificado, hecho realidad, apareciéndose en los

recintos de las negociaciones climáticas, las aulas en donde se estudia la problemática ambiental, en el pensamiento científico. Un fantasma que pronto dejará de ser una imagen espectral para convertirse en una realidad política que muestre lo esperanzador de un mundo más igualitario y justo.

La perspectiva de género en el diálogo social sobre cambio climático: Una apuesta ética y política

Es por todo lo anterior que celebro la iniciativa del Programa de Investigación en Cambio Climático (PINCC) de la UNAM de colocar la perspectiva feminista en las reflexiones sobre el cambio climático en el centro del diálogo social. Esta apuesta audaz no solo representa un avance significativo en el entendimiento del cambio climático en México, sino que es una apuesta ética y política en la construcción de propuestas sostenibles y equitativas. Por ello, me complace introducir esta publicación integrada por tres textos. El primero de ellos, de Úrsula Oswald Spring titulado “Género y cambio climático: Un reto para México” el cual nos ofrece una valiosa reflexión sobre la vulnerabilidad frente al cambio climático desde una perspectiva de género, enfatizando la crucial relevancia de la economía del cuidado para prepararnos ante futuros desastres de manera anticipada. El segundo texto, de mi autoría y titulado “En este planeta nadie sobra. Una crítica al discurso malthusiano de la sobrepoblación”, plantea una crítica al discurso poblacionista que anima a la mayor parte del debate y de la política ambiental actual. Este discurso promueve la idea de que en el mundo que habitamos hay personas que no deberían estar, que sobran, a las cuales el sistema económico y social, la capacidad productiva, así como la capacidad de carga del planeta, no pueden sostener, por lo que deberían desaparecer. No obstante, quienes

“sobran” en el discurso poblacionista nunca son los privilegiados, los que comandan y se benefician del orden social desigual vigente, sino las mujeres del Sur Global, las razas y clases sociales consideradas como inferiores, y todos aquellos grupos sociales que padecen y han padecido históricamente pobreza y marginación.

Finalmente, el trabajo de Miriam Gay-Antaki “Cruzando fronteras: Perspectivas feministas y descoloniales para combatir al cambio climático” propone un enfoque feminista descolonial para examinar cómo se produce el conocimiento científico en términos de cambio climático. La autora nos explica que la ciencia angloparlante domina los discursos y propuestas, lo cual termina por desfavorecer a ciertas personas debido a su género, geografía, raza, religión, nacionalidad, sexualidad, situación colonial, etc. De ahí la importancia de descolonizar la ciencia para dejar de hablar del cambio climático desde discursos universalizantes, y comenzar a entenderlo desde sus aspectos m.á.s concretos, materiales, ideológicos, políticos, éticos, desde el propio cuerpo y desde espacios tan íntimos como son las emociones.

Les invito a explorar esta emocionante serie de textos y a continuar el diálogo y la reflexión que nos ofrecen los estudios feministas en relación con el cambio climático. Esta publicación solo rasca la superficie del potencial analítico que el feminismo puede proporcionar, y nos invita a seguir reflexionando colectivamente sobre el cambio climático y otros síntomas destructivos generados por nuestra sociedad moderna y patriarcal. Como verán en estos textos, el enfoque feminista ofrece una perspectiva amplia y contundente que nos brinda un panorama innovador y poco explorado sobre los efectos del cambio climático. De lo que se trata es de observar lo nimio, lo no visible, insospechado, lo que se oculta o es ocultado, la delicadeza de las conchitas y la majestuosidad de las montañas, evitando la ceguera inherente a la ciencia convencional.

**"...¿por qué las mujeres,
que representan dos tercios
de los pobres en el planeta
y en México, son las más
vulnerables y las que son más
severamente afectadas por
los huracanes y las sequías,
convirtiéndose en sujetos de
los desastres por la falta de
prevención y resiliencia?"**



Género y cambio climático: un reto para México

Úrsula Oswald Spring¹

Preguntas de investigación

Este texto pregunta ¿por qué las mujeres, que representan dos tercios de los pobres en el planeta y en México, son las más vulnerables y las que son más severamente afectadas por los huracanes y las sequías, convirtiéndose en sujetos de los desastres por la falta de prevención y resiliencia? ¿Cuáles son los obstáculos para empoderar a las mujeres y cómo el patriarcado ha generado violencia a través de una cultura machista, misógina y corrupta, donde los medios de comunicación y las redes han consolidado estas representaciones sociales discriminatorias? (Prado y Serrano, 2021). Para alcanzar un reconocimiento de las mujeres (Fraser, 2005) es crucial reducir la desigualdad y la pobreza, aumentar los salarios, garantizar su seguridad social y promover una adaptación al impacto del cambio climático en los lugares más aislados y expuestos en México. Así se podría superar la vulnerabilidad socioambiental de las mujeres y alcanzar una convivencia sin violencia entre mujeres, hombres y LGBTTTTIQ (Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales, Transgénero, Travestis, Intersex y Queer).

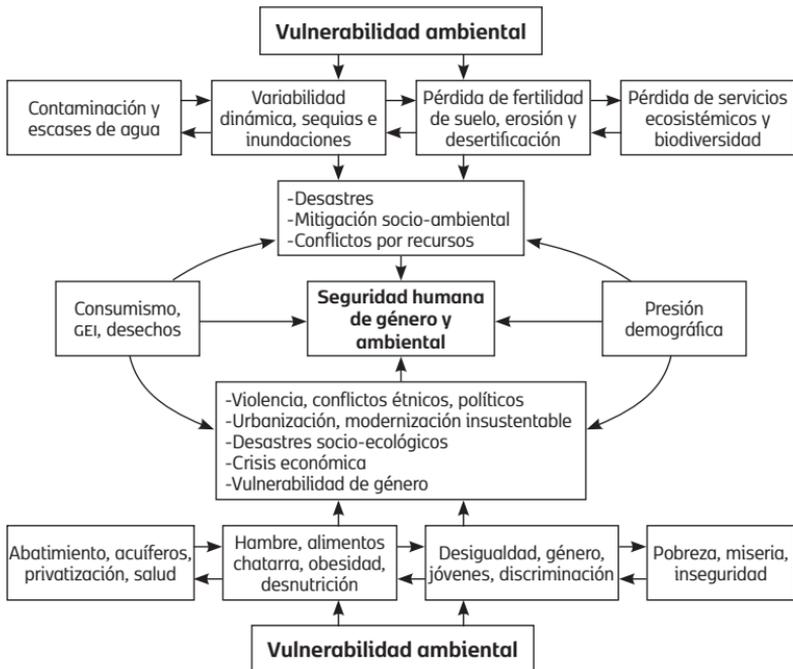
¹ Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM. Correo: uoswald@gmail.com

Cambio climático, vulnerabilidad socioambiental y perspectiva de género

Los factores de género, edad, clase social, educación, cultura, tradiciones, religión y condiciones de vida aumentan la vulnerabilidad socioambiental y los riesgos por desastres. En la gráfica 1 se explica la vulnerabilidad doble, la ambiental y la social, que afectan la capacidad de las mujeres, niño/as, anciano/as, comunidades, negocios y gobiernos locales por estresores múltiples e interactuantes. Sobre todo, muchos desastres pequeños como sequías e inundaciones han deteriorado gradualmente la resistencia de las personas y han erosionado su modo de vida, hasta provocar un dilema de supervivencia que les ha obligado a emigrar de su comunidad. Por ello, requerimos respuestas preventivas ante el cambio climático, donde la adaptación y la resiliencia después de un evento ayude a levantarnos, al reducir los riesgos y la vulnerabilidad que afecta a los y las vulnerables en una diversidad de necesidades y valores que constituyen su bienestar.

La vulnerabilidad ambiental está relacionada con la falta de agua o su contaminación, la pérdida de la fertilidad de los suelos agrícolas, ocasionando que las cosechas se pierdan por inundaciones o sequías, y del bosque que es la fábrica del agua, por la tala o expansión de viviendas, minas e industrias. Esta pérdida ambiental aumenta los desastres, genera conflictos por tierras y agua y provoca migración climática (Gaupp, 2020). Del lado social, la privatización y el abatimiento de los acuíferos han aumentado los precios del agua y han generado enfermedades, por lo que la pobreza y la inseguridad han incrementado las desigualdades internas, la discriminación de género y el hambre. Un mayor consumo de alimentos chatarra y refrescos ha generado obesidad, diabetes y otras enfermedades crónicas. La vulnerabilidad dual o socioambiental está influenciada por el aumento

de los desastres climáticos, debidos a las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) y desechos, junto con el aumento de la población, lo que ha agudizado la crisis económica, de salud y los desastres socioambientales. El encierro por la reciente pandemia del COVID-19 ha aumentado también la agresión hacia las mujeres (CEPAL, 2020). La interacción de estos conflictos se interrelaciona con una urbanización caótica, contaminación de mineras e industrias, que no solo abusan del agua destinada al consumo humano de los pobres, sino de muchos otros recursos naturales. Esta modernización insustentable ha aumentado los conflictos locales y las protestas ciudadanas, como lo mostró en julio del 2022 la escasez del agua en Monterrey.



Gráfica 1. Vulnerabilidad ambiental y social. Fuente: Oswald, 2020

Esta vulnerabilidad socioambiental aumenta los peligros y reduce, al mismo tiempo, la igualdad, el reconocimiento de género (Fraser, 2005) y el empoderamiento de mujeres y niñas. Según el IPCC (2019), las mujeres producen en sus huertas y corrales la mitad de los alimentos que se consumen en el mundo, garantizando una alimentación sana a muchas familias y atenuando la pobreza, donde dos tercios de las pobres son mujeres y niñas. Por sus condiciones socioambientales vulnerables, todas ellas son severamente afectadas por el cambio climático y los desastres.

Impactos del cambio climático en México

México está seriamente expuesto al cambio climático por ubicarse en el trópico de Cáncer y entre dos océanos que se están calentando, pero también por una falta de cultura de prevención, débil adaptación y casi ninguna política para reducir los riesgos asociados a huracanes, inundaciones y, en particular, del lado del Pacífico, de mayores sequías que abarcan la mayor parte del país semiárido y desértico. En 2021, únicamente 393 municipios de 2,446 (16 %) del país han desarrollado un Atlas de Riesgo Municipal de los desastres que impactan primero a nivel local. El gobierno ha mejorado la alerta temprana, de ahí que tanto huracanes como sequías se avisan con anticipación, pero falta tomar precauciones, seleccionar refugios y construirlos para evacuar y, en el caso de que fallen las lluvias, proporcionar apoyos económicos y alimentos para los afectados.

El manejo de un desastre es complejo e incluye, además de la alerta temprana, la advertencia de un posible impacto en el territorio, la ruta del evento, las comunidades probablemente afectadas y las recomendaciones claras para entender la complejidad de un fenómeno climático. A nivel local, el gobierno debe garantizar de antemano el

abasto de agua y comida y, posteriormente, la restauración de electricidad, de carreteras, así como la prevención de epidemias por agua contaminada y alimentos no perecederos echados a perder. En esta prevención y atención a un desastre, el gobierno debería contar con el apoyo de la población para evacuar los lugares peligrosos, no cruzar ríos o arroyos y colaborar con la reconstrucción, en cuanto el peligro haya pasado. Todos estos factores están interrelacionados y requieren no solo del Ejército o la Marina con el plan DN-III-E, sino del apoyo de la población afectada y la solidaridad del resto de los habitantes.

México está expuesto a múltiples riesgos: los riesgos hidrológicos incluyen inundaciones, erosión, deslizamientos y sequías; los riesgos atmosférico-climáticos, heladas, granizadas, cambios fuertes en la temperatura, huracanes, tornados, vientos, precipitaciones torrenciales, tormentas y el fenómeno del Niño/Niña; los riesgos geológicos como temblores, terremotos y colapsos de tierras; los riesgos biológico-sanitarios y zoonóticos como la pandemia del COVID-19, cólera, dengue, sarampión, influenza y otros como accidentes y derrames de sustancias químicas con sustancias peligrosas o tóxicas; escape de radiación nuclear; desechos industriales y domésticos mal manejados. Hay que incluir los sucesos antropogénicos o conflictos sociopolíticos, donde la población o grupos específicos pueden entrar en pánico por la inseguridad pública, el terrorismo, el crimen organizado, el vandalismo, las guerras, así como los violentos conflictos civiles, políticos y militares. Esta amplitud de riesgos obliga a las autoridades de todos los niveles, pero también a la población, a prevenir posibles riesgos, generar adaptación ante eventos que se repiten y crear resiliencia para superar sin daños mayores las consecuencias posibles de alguno de estos desastres.

“México está seriamente expuesto al cambio climático por ubicarse en el trópico de Cáncer y entre dos océanos [...], pero también por una falta de cultura de prevención, débil adaptación y casi ninguna política para reducir los riesgos asociados a huracanes, inundaciones y, [...] de mayores sequías...”



Vulnerabilidad socioambiental y género

Como mostraron los datos anteriores, no toda la población en México está igualmente expuesta a los desastres, donde poblaciones y grupos sociales pobres o indígenas, con bajo nivel de educación, autoridades sin una visión de prevención y la existencia de problemas de corrupción, han aumentado los riesgos a las poblaciones. Por ello se ha propuesto una Gestión Integral de Riesgos y Desastres (GIRD; Vallejo *et al.*, 2019), donde se promueven y se consolidan organizaciones e instituciones con la participación de la sociedad, que integran los diferentes territorios expuestos y se establece una relación estrecha entre desarrollo regional y gestión sustentable y preventiva. Este proceso debería ser transversal y rebasar los límites municipales y estatales, como se está haciendo en las megalópolis. Un tema crucial en este proceso preventivo, de atención a un desastre y la posterior reconstrucción, implica una planeación eficiente con instituciones transparentes y la asignación de recursos financieros.

Una GIRD debería mitigar los factores de la vulnerabilidad de género relacionados con los procesos de discriminación de las mujeres en la sociedad mexicana. Un análisis de desastres por causas naturales, en 141 países, mostró que las mujeres y las niñas tienen 14 veces más probabilidades de morir en comparación a los hombres, debido a la discriminación de género y las desigualdades culturales existentes, relacionadas con sus derechos económicos y sociales: no saben nadar, trepar un árbol y son socializadas para cuidar a los demás. Neumayer y Plümper (2007) detectaron que los niños recibieron un trato preferencial durante las labores de rescate, y en Filipinas han muerto, después de 2 años de un huracán destructivo, 14 veces más bebés femeninas, o sea fueron abandonadas posteriormente al desastre (Antilla y Hisang, 2013). Después de eventos extremos,

tanto mujeres como niñas sufrieron más por escasez de alimentos y recursos económicos. Durante la emergencia causada por el huracán Katrina en Estados Unidos, la mayoría de las víctimas atrapadas en Nueva Orleans eran mujeres afroamericanas con sus hijo/as, el grupo demográfico más pobre de esa parte del país (Gault *et al.*, 2005). Finalmente, muchas mujeres no se atreven a entrar en un refugio masivo por miedo a ser violadas. Esta problemática ocurrió también en México, donde INMUJER informó que, el 19 de septiembre de 2017, de un total de 228 personas fallecidas y rescatadas posteriormente en edificios colapsados en la Ciudad de México, 138 fueron mujeres, es decir, dos mujeres por cada hombre.

Vulnerabilidades son condiciones de fragilidad o falta de resiliencia que predisponen a una comunidad o a individuos a sufrir daño diferencial y acumulado al estar expuestos a un desastre por sus condiciones políticas, sociales, culturales, de género y económicas. Los grupos que presentan vulnerabilidades específicas son aquellos que reúnen una serie de condiciones, que los coloca en situaciones difíciles para afrontar por sí mismos un evento extremo. Se trata de mujeres embarazadas y lactantes, con hijos pequeños o recién nacidos, adultas mayores y personas con capacidades diferentes, enfermos de VIH-SIDA o enfermedades crónicas y todos aquellos que sufren discriminaciones étnicas, de color, de filiación religiosa o política, personas desplazadas y migrantes. Todos estos grupos requieren apoyos especiales ante un evento extremo por parte del gobierno y de las personas de rescates. Los datos muestran que un estudio de una GIRD integral requiere analizar la capacidad de un sistema social para resistir, absorber o recuperarse del impacto de un evento adverso que caracteriza una amenaza a su vida y supervivencia.

Desastres y economía del cuidado

Como se ha indicado anteriormente, los impactos y los costos de los desastres climáticos en México han aumentado, conforme ha crecido el calor en los dos océanos que absorben 30 % de las emisiones globales de dióxido de carbono y 80 % del calor generado por el creciente aumento de los gases efecto invernadero. Este proceso contiene una enorme cantidad de energía acumulada que se refleja en huracanes cada vez más frecuentes y poderosos. México, altamente expuesto, ha tenido gastos altos para restaurar los daños causados por eventos extremos (véase Tabla 1). Entre 1970 y 2019, huracanes e inundaciones han provocado gastos por 659 MMP (mil millones de pesos) y las sequías 650 MMP, lo que incluye 6,655 eventos totales que han aumentado cinco veces en número y gastos durante los últimos 50 años. Más claramente se vieron los daños causados entre 2010 y 2021, cuando para la prevención se gastó 323 millones de pesos y para la reconstrucción 575.988 MMP, mientras que los daños totales atendidos ascendieron a una totalidad de 576.311 MMD (EM-DAT, 2021), equivalente a 11,526.22 MMP. México no ha aprendido del pasado y la GIRD con prevención juega un rol muy inferior. La distribución del presupuesto, en 2022, asignó a la prevención solo 4 %, mientras que el 96 % se destinó a atender los daños causados básicamente por el cambio climático, o sea, huracanes, inundaciones, deslizamientos y sequías.

Conclusión

Debido a la falta de prevención ante eventos extremos con mayores afectaciones y costos, los grupos altamente vulnerables en el país necesitan atención especial. Es necesario retomar las propuestas internacionales en la cooperación internacional, nacional y local, donde se

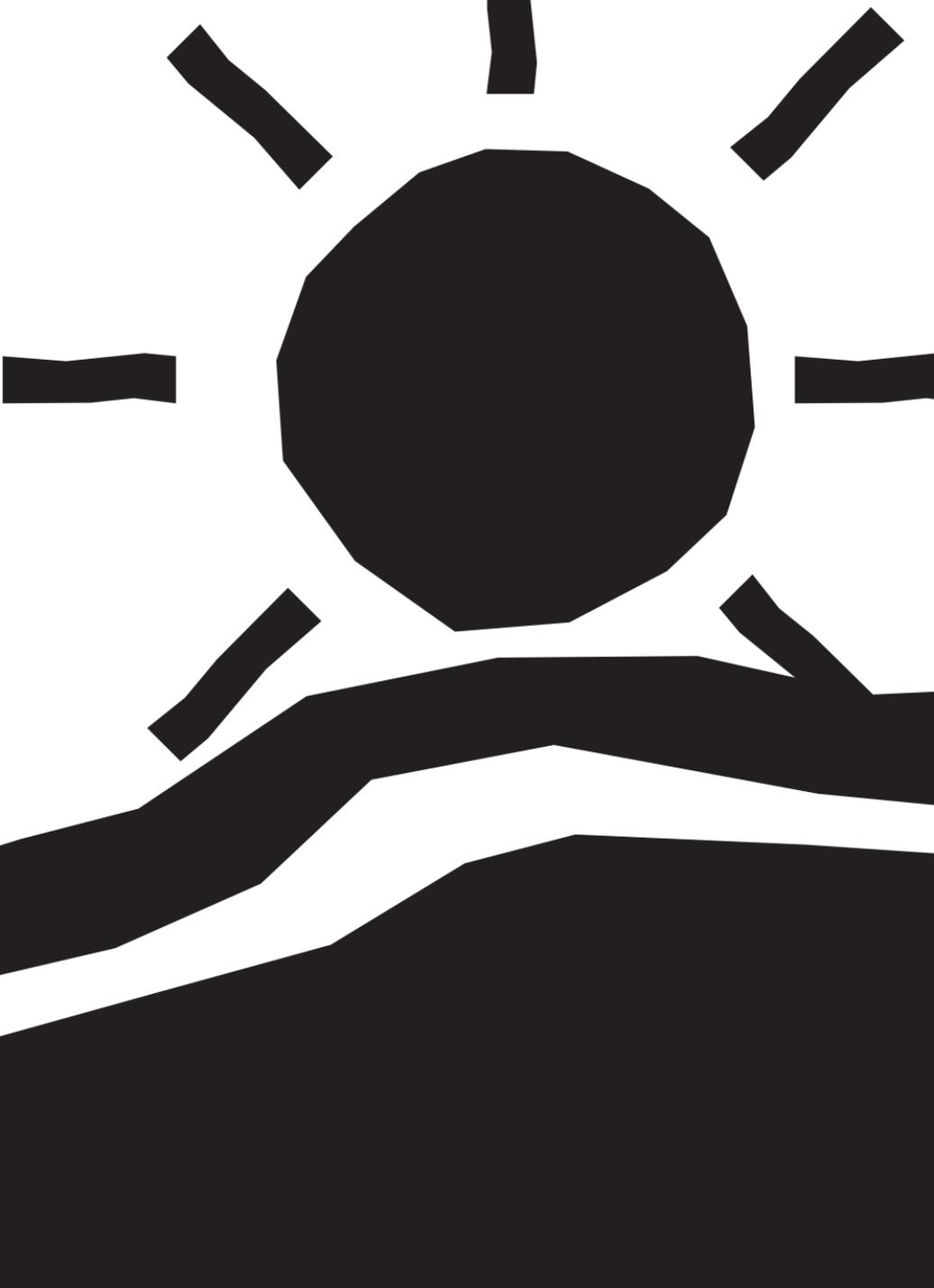
Tabla 1. Gastos gubernamentales por eventos extremos.

Año	Huracán	Inundación	Terremoto	Afectados	Muerto	Costos
2021	Grace, Ver 62 mpios	X	X 126 casas y deslizamientos	110,000	32	11 MMP; 22 desastres
2020	83.4 % ---435 eventos	--X	X	858,735	398	1.1678MMD; 31.9MMP
2019	X (73.4 %)			612,943	616	Fonden: 13.7643MMP
2018	X (80 %)	X		Honda cálida	501	Ramo23: 27,321.1MMP
2017			2 terremotos	1,700,000	877	10.541 MMP
2016	X			21,500	495	14,993 MMP
2015	X (96 %)	X	X	2.5 millones	468	8.364129 MMD
2014	X				485	45,427 MMD
2013	X			172,000	646	17,782 MMP
2012					627	2.5 MMD
2011	X			280,000; sequía	427	32,933 MMP
2010	X	X		1,020'000	535	5,337,262 MMD
2010-2021			Prevención	Reconstrucción 7,874 MMP: 23x 2011-2021	10,626	61,520 MMP

Fuente: Elaboración propia con datos provenientes de EM-DAT, Red, Desinventar y CENAPRED

“...los impactos y los costos de los desastres climáticos en México han aumentado, conforme ha crecido el calor en los dos océanos que absorben 30 % de las emisiones globales de dióxido de carbono y 80 % del calor generado por el creciente aumento de los gases efecto invernadero.”





incluye una perspectiva de género en los desastres. Requiere combinar estrategias de una economía del cuidado con prevención, donde los procesos de mitigación, o sea, energías renovables y reducción de los GEI permitirían cumplir con los compromisos asumidos en París, en 2005 y en Sharm el Sheikh, en 2022. Pero la reducción de emisiones no es suficiente y México, al estar muy expuesto, requiere de procesos de adaptación ante un número mayor de eventos extremos y, sobre todo, la consolidación de la resiliencia para grupos altamente expuestos, con el fin de prevenir muertes evitables y pérdidas del patrimonio precario. Ello implica aprovechar los conocimientos tecnológicos como alerta temprana, evacuación preventiva y atención antes, durante y después del desastre. Sin duda, la prevención tiene un costo más bajo que la reconstrucción posterior, pero el gobierno mexicano sigue apostando a la atención de lo/as afectado/as por razones políticas.

Es importante entender que un desastre es el resultado no lineal de procesos multicausales complejos, construidos socialmente a través del tiempo y en contextos culturales dentro de un territorio específico, donde un evento natural peligroso, socio-natural o inducido por la sociedad, incrementa las condiciones de vulnerabilidad pre-existentes y provoca muertes y daños a esta población expuesta, a su entorno construido, su ambiente, su economía y su organización social y cultural. Por ello es importante atender los desastres con procesos de transversalización de género, mediante un ejercicio preventivo, la consolidación de resiliencia familiar, la planeación respetuosa y garante de los derechos humanos de todas las personas, pues solo así se puede prevenirse la discriminación. La equidad de género, el desarrollo planificado y el respeto a los derechos humanos de mujeres, hombres, anciano/as y niño/as, es necesario en las políticas públicas, en los planes de contingencias y en la elaboración local de Atlas de Riesgos y Desastres.

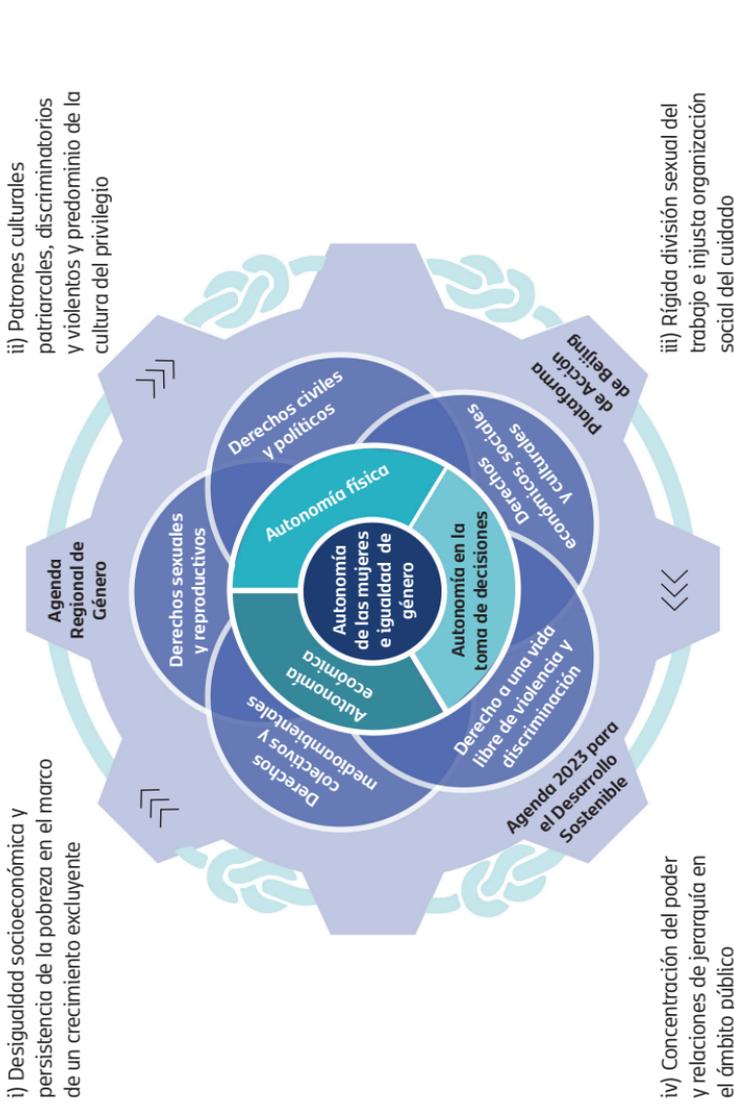
El INEGI (2021) indicó que, en las tareas domésticas no remuneradas, las mujeres aportan al PIB 15.5 %, mientras que los hombres 5.5 %. Estas actividades representan 20.5 % del PIB que no está incluido en las cuentas nacionales y, por lo mismo, es invisibilizado en la sociedad. Al promover una economía del cuidado en momentos de alta exposición a eventos extremos, es necesario preguntar cómo terminamos en la cocina, quién se encarga de lo/as hijos/as y de lo/as ancianos/as y, finalmente, quién se dedica a las tareas de limpieza, lavado y el mantenimiento de un hogar saludable. Ante una clara discriminación de las mujeres en este campo, se requiere de políticas públicas que expongan la desigualdad y promueven una igualdad mayor en las tareas no remuneradas. Al aumentar los salarios y las prestaciones sociales a las mujeres, estas adquieren otro estatus social en el hogar y las negociaciones de la división del trabajo doméstico son menos conflictivas. Como ha mostrado el encierro durante el COVID-19, la violencia de género y, en consecuencia, las llamadas de auxilio han aumentado sustancialmente por la falta de una negociación efectiva en las tareas domésticas.

Sin duda, políticas integrales del cuidado en el conjunto de la sociedad implican, primero, desarrollar un marco normativo y una institucionalidad que ya se está gestando paulatinamente en México. Significa la participación de todos los grupos sociales y un sistema de información verídico y un monitoreo que evalúe los avances, donde se presente una rendición clara de cuentas desde lo local hasta lo nacional. En este campo la tecnología facilita la transparencia y los acuerdos internacionales con cooperación en todos los niveles y promueve procesos de cambio que sean capaces de superar los obstáculos desde el interior de la familia hasta el gabinete. Sin financiamiento adecuado y suficiente para apoyar a los grupos vulnerables, es difícil consolidar una comunicación transversal que permita superar los obstáculos cultura-

les impuestos por una cultura de dominio machista y de explotación.

Ante una falta de una política eficaz de una sociedad que no ha respetado el trabajo gratuito en el hogar, las mujeres han propuesto la sororidad, entendida como un pacto político, cultural y social de ayuda entre mujeres, para superar la inequidad de género. La sororidad es el reconocimiento de la diferencia que existe tanto entre las mujeres como entre mujeres y hombres y es un primer paso para lograr socialmente mayor igualdad. En países industrializados el cambio ha avanzado y ante las dificultades en México y América Latina, la CEPAL (2021) ha propuesto una economía del cuidado, que debería ser capaz de superar los cuellos de botellas culturales existentes por el arraigo de esta cultura patriarcal y discriminadora. Esta agencia de Naciones Unidas ha calculado que una total igualdad entre hombres y mujeres en toda América Latina pudiera aumentar el PIB en 6.8 % y para lograr esta meta, propone una mayor autonomía de las mujeres e igualdad de género (véase Gráfica 2). Esta autonomía implica libertad física y de movimiento, así como autonomía económica y en la toma de decisiones. Fomenta los derechos colectivos y ambientales, los derechos sexuales y reproductivos, los derechos civiles y políticas, los derechos económicos, sociales y culturales, incluido el derecho a una vida libre de violencia y discriminación. Pretende erradicar los patrones culturales patriarcales y violentos, propios de una cultura de privilegios y de explotación, que se refleja, precisamente, en el trabajo doméstico no remunerado. Pretende superar la división sexual y de trabajo rígida, que ha provocado esta organización social injusta y la vulnerabilidad entre mujeres y niñas. Ha facilitado la concentración del poder y las relaciones jerárquicas en el ámbito público, los cargos políticos y el liderazgo empresarial en manos de los hombres.

Todos estos factores han impedido superar la desigualdad socioeconómica y ha anclado la persistencia de la pobreza con un pro-



Fuente: CEPAL, 2021, p. 3.

Gráfica 2. Economía del cuidado

ceso de crecimiento excluyente para los grupos vulnerables. Diversas acciones internacionales han promovido una mayor igualdad como la Agenda de Desarrollo 2030, la Plataforma de Acción de Beijing y las Agendas Regionales de Igualdad de Género. En México hemos alcanzado equidad en el Congreso y el Senado, un mayor número de gobernadoras, aunque a nivel municipal se ha desatado una mayor violencia por parte de la sociedad masculina patriarcal que pretende conservar sus privilegios y, en consecuencia, se ha reflejado en un incremento de conflictos durante las elecciones de 2014 (Serrano, 2021).

Al retomar el tema principal de género y cambio climático, llama la atención que una economía del cuidado con mayor igualdad en la sociedad mexicana, permitiría resolver los problemas de vulnerabilidad socioambiental, reducir el número de muertes y evitar que los eventos extremos se conviertan en desastres que dañen al conjunto de la sociedad, pero, sobre todo, a las más vulnerables. Sin duda, entender el desastre como un proceso lleno de riesgos y amenazas, donde fenómenos peligrosos y perturbadores locales agravan las vulnerabilidades, es imperante para superar las capacidades diferenciales de nuestra sociedad estratificada en clases sociales y con un colonialismo interno no superado (González, 2002). Al vincular la economía del cuidado a una teoría holística del riesgo, donde la GIRD integral permite ver las necesidades concretas en territorios y grupos vulnerables, se puede desarrollar un manejo de reducción de desastres con perspectiva de género y prevención, y además, se reducen los costos humanos, financieros y ambientales. Gastar menos en atención de desastres deja mayor margen al presupuesto para impulsar proyectos sustentables, de infraestructura y de generación de empleos, donde sueldos y accesos políticos igualitarios permitirían detonar un desarrollo alternativo del país, a pesar de la exposición severa y las condiciones climáticas adversas.

Referencias

- Anttila Hughes, J. y Hisang, S. (2013). Destruction, Disinvestment, and Death: Economic and human losses Following Environmental Disaster, <http://ssrn.com/abstract=2220501>.
- CEPAL. (2021). *Economía del Cuidado*. CEPAL.
- CEPAL. (2020). *América Latina: Más de 28 millones de personas entrarían en situación de pobreza este año por el COVID-19*. CEPAL.
- EM-DAT (2021). *The International Disaster Database*, <https://www.emdat.be/>.
- Fraser, N. (2005). Reframing Justice in a Globalizing World. *New Left Review*, 36: 1- 19.
- Gault, B., Hartman, H., Jones-DeWeever, A Werschkul, M., & Williams, E. (2005). The Women of New Orleans and the Gulf Coast: Multiple Disadvantages and Key Assets for Recovery Part II. Gender, Race, and Class in the Labor Market, *Institute for Women Policy Research*, <https://iwpr.org/wp-content/uploads/2020/11/D464.pdf>.
- Gaupp, F. (2020). Extreme events in a globalized food system. *One Earth*, 2: 518–521.
- González Casanova, P. (2003). *Colonialismo interno. Una redefinición*. IIS-UNAM.
- INEGI (2021). Estadísticas a propósito del día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer (25 de noviembre). INEGI.
- IPCC (2019). *Special Report on Climate Change and Land*. Cambridge University Press.
- Neumeyer, E. y Plümper, T. (2007). *The Gendered Nature of Natural Disasters: The Impacts of Catastrophic Events in Life Expectancy*. LSE.
- Oswald-Spring, Ú. (2020). *Earth at Risk in the 21st Century. Rethinking Peace, Environment, Gender, and Human Water, Health, Food, Energy Security, and Migration*. Springer.
- Prado de Souza, C. & S. E. Serrano, O. (2021, eds.) *Social Representations for the Anthropocene: Latin American Perspectives*, Cham: Springer.

Serrano Oswald, S. E. (2021). *Diseño de una metodología triangulada de indicadores cualitativos y cuantitativos, que evalúe la prevalencia de la violencia política por razón de género en México y su impacto en el ejercicio de los derechos políticos de las candidatas a puestos de elección popular en el proceso electoral federal 2020-2021*. CRIM-UNAM-INE.

Vallejo Ilijama, M., Gavilanes Betancourt, E., Llumitaxi Pena, J. y Poma Pila-munga, A. (2019). Gestión integral de riesgos y manejo sostenible del agua, *Universidad y Sociedad*, 11(4): 267-275.



En este planeta nadie sobra. Una crítica al discurso malthusiano de la sobrepoblación

Ana De Luca Zuria¹

El 15 de noviembre de 2022 amanecimos con una noticia que le dio la vuelta al mundo: el nacimiento de Damián, en República Dominicana, simbolizaba nuestra llegada como humanidad a los ocho mil millones de personas en este planeta. En las fotos que se compartieron masivamente se podía ver al recién nacido portando una playera con la leyenda, “Bebé ocho mil millones”, junto con su pañalito de Koala, como para darle un toque de ternura y cierta alegría a la llegada de un nuevo habitante a este mundo incierto y degradado.

Para la mayoría, lejos de ser motivo de celebración, el nacimiento de un niño del Sur Global es el símbolo de un peligro inminente. En estos mismos portales, la gente comentó, sin pudor alguno, frases que daban testimonio de esta aberrante preocupación —como se suele hacer en el anonimato y en los medios digitales— “Somos demasiados”, “Así se va a acabar la Tierra”, “Ya dejen de reproducirse”, “Hace falta una nueva pandemia”, “Necesitamos más guerras”. Estos comentarios misántropos se repiten cíclicamente. Se escucharon en 2011, cuando llegamos a los siete mil millones de personas en el planeta, y no solamente aparecen en noticias como esta, sino que cada vez que se habla sobre la pobreza, el cambio climático o la crisis ambiental, suelen aparecer a la menor provocación. De alguna

¹ Universidad Autónoma de Baja California. Correo: anadeluca21@gmail.com

manera, se asoma en las mentes la imagen aterradora de miles de millones de personas luchando por la sobrevivencia en un mundo de escasos recursos y de abundante desigualdad. Rondan en el imaginario, representaciones fantasiosas de masas inmensas de población, millones de harapientos salidos del inframundo, como esperando el momento para poder invadir países, barrios, las residencias de los ricos del mundo, amenazando con destruirlo todo, la tranquilidad, el confort y la buena vida de unos cuantos, sobre todo de los más privilegiados. Esos son los primeros en desear que, aparte de su prole, ya no nazca nadie más, nadie que venga a disputarles sus derechos y el bien merecido estilo de vida que suponen les corresponde por ser gente selecta, los que se merecen todo.

¿Por qué se siguen repitiendo estos comentarios violentos de manera cínica y desvergonzada? ¿Por qué son el lugar común desde donde se habla de la población, de la humanidad, de esas personas que somos? Parece que quienes emiten este discurso de la sobrepoblación solo se reconocen a sí mismos como personas, cualidad que le niegan al resto del mundo. Jamás se les ocurre pensar que los Otros, aquellos que, según ellos, salen sobrando, son seres de vida, propósitos y deseos, y con derecho a una vida digna. Señalamos al Otro con gran facilidad, pero los dedos nunca parecen apuntar a sí mismos, por lo que habría que preguntarse, entonces ¿quién sobra?, ¿quién está de más?, ¿quién no debería de estar en este planeta? O, para decirlo de forma más concreta y sin maquillaje, ¿quién debería morir?

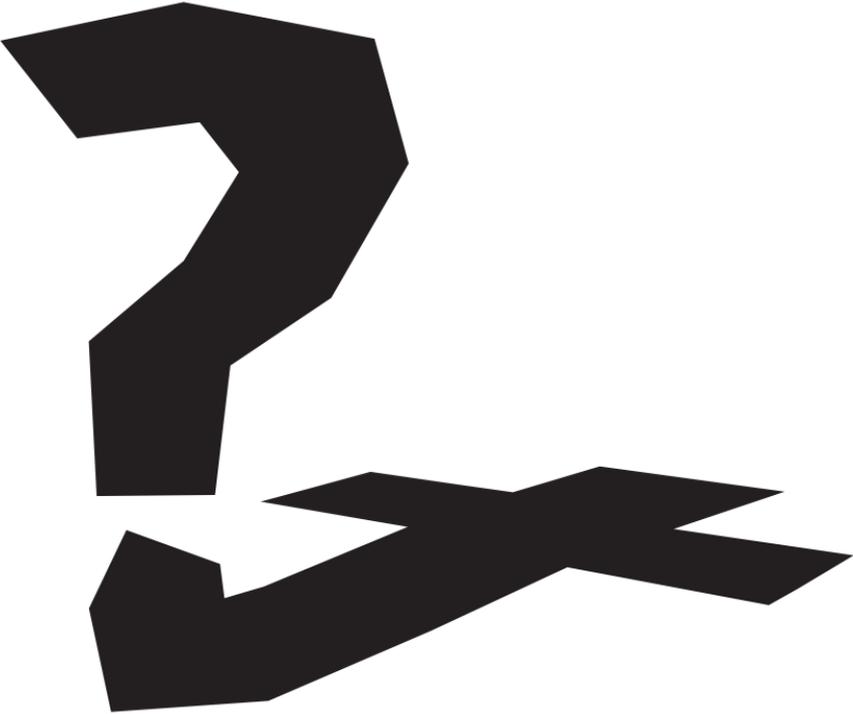
No hay nada inocente en este recurrente discurso ideológico que asigna a algunos el status de ser considerados, por una parte, personas; por otra, en imprescindibles seres de razón y privilegios, mientras que a otros los define como seres desechables, nacidos para servir y ser sometidos: cuerpos desechables, despreciables, seres carentes de razón. Lo que se asoma, en estos comentarios, es el discurso fundacional

del orden patriarcal y racista moderno, sustentado en concepciones del mundo autocelebratorias, afirmaciones pseudocientíficas que construyen jerarquías étnicas con base en el artificial privilegio de ciertos rasgos fisiológicos, ideologías profundamente arraigadas en las cuales unas razas aparecen como superiores, mejor dotadas, etc. No obstante, estas no son ideas neutras, nacidas espontáneamente; más bien, responden a un orden, expresan normas sociales, jerarquías sociales, estructuras de poder y dominación, están en la base de sistemas de legitimación que permite a las minorías imponerse y ejercer su dominio sobre las mayorías. Son parte del discurso que sostiene y legitima la injusticia que vivimos en este mundo.

El discurso malthusiano: ayer, hoy y siempre

Nuestra forma de entender la vida y todo lo que sucede en ella lo logramos a través de los discursos, las narrativas que nos explican el mundo. Son los discursos los que nos permiten interpretar fragmentos de información y reunirlos en historias o relatos coherentes (Tannen *et al.*, 2001). Es decir, los discursos construyen significados y relaciones, ayudan a definir el sentido común y el conocimiento “legítimo” (Dryzek, 2005). Sin embargo, ningún discurso es inocente, objetivo o neutro, pues, siempre están altamente cargados de intereses, atravesados por razonamientos y lógicas, con una alta carga ideológica. Son los discursos un ejercicio por excelencia del poder, y cuando los encontramos en el ámbito científico se vuelven todavía más difíciles de rastrear y, por tanto, de impugnar porque es ahí cuando se ejerce en sus mecanismos más finos, más sutiles. Michel Foucault, el gran teórico del poder, no dejó pasar por alto este aspecto, aparentemente, oculto del poder. Para él, no hay una relación de poder sin la constitución correlativa de un campo de conocimiento, ni tampoco hay

"...habría que preguntarse, entonces ¿quién sobra?, ¿quién está de más?, ¿quién no debería de estar en este planeta? O, para decirlo de forma más concreta y sin maquillaje, ¿quién debería morir?"



conocimiento que no presuponga, al mismo tiempo, relaciones de poder (Foucault, 1995).

Estos discursos, además, no existen solamente en el sentido abstracto, en los papers académicos, en las conferencias, sino que tienen expresiones materiales, manifestaciones en la vida de las personas, de la naturaleza. Uno de esos discursos es el discurso malthusiano, pues si bien, hay distintas formas de analizar el vínculo entre la población con el medio ambiente, el más influyente es el malthusiano o el neomalthusianismo. Los ahora neomalthusianos son el grupo de científicos y activistas que han permeado la opinión pública y las políticas de una serie de organizaciones y gobiernos. Incluso, la visión neomalthusiana está en los altos mandos militares e incide en la percepción de seguridad a nivel internacional.

Malthus, en su icónico “*Ensayo sobre el principio de la Población*” (1798), marca un hito e inicia una escuela de pensamiento que pretende conocer los límites de la Tierra en su relación con la población. La tesis de Malthus es que el poder de la población es indefinidamente mayor que el poder de la Tierra para que el hombre subsista. La idea de Malthus fue que el crecimiento aritmético (1, 2, 3, 4, 5) de la producción de alimentos, no podría nunca alcanzar a la tasa geométrica (1, 2, 4, 8, 16, 32) con la que crecía la población. De tal manera que además de una necesaria disminución de la fecundidad, para reducir el número de pobres (*preventive check*), Malthus advirtió que las hambrunas, las enfermedades y las guerras, en suma, la muerte, emergían como los factores de ajuste necesarios, impuestos por la naturaleza para contener el crecimiento de la población (*positive check*). En este escenario, la naturaleza, y no el orden social, aparecía como la responsable de los males del mundo.

Todas las políticas de población impuestas por el mundo desarrollado a los países pobres (particularmente Estados Unidos desde

los años sesenta), parten del principio de que la población crece a ritmos insostenibles, y que la capacidad de los sistemas productivos vigentes había alcanzado su límite (los límites del crecimiento). El hambre, la pobreza, la enfermedad y la muerte fueron atribuidas al crecimiento excesivo de la población; ninguna alusión se hacía a las estructuras de poder, de dominación y a la injusta distribución de la riqueza socialmente producida, como causante de estos fenómenos. Los programas de control demográfico fueron destinados fundamentalmente al mundo pobre, a los países asiáticos (China e India), a América Latina y África, en donde se encontraba y se reproducía la población considerada como sobrante. En la euforia antipoblacionista de la que México fue partícipe con su Ley de Población de 1973 y con su política de población de los años setenta, se dejó de lado las causas estructurales de la pobreza, las causas de fondo de la inadecuación entre el tamaño de la población y la producción de alimentos. El lema era adecuar la población al desarrollo.

Así, se invisibilizó el hecho de que el problema no es la escasez de alimentos, sino su desigual e injusta distribución, determinada social y políticamente. Además, los alimentos, bajo su forma de mercancía, no se producen para satisfacer las necesidades de la mayoría de la población, sino para ser vendidos, bajo la lógica de la mercancía y el capital, orientados a la ganancia y la rentabilidad. Cuando se le atribuye a la “sobrepoblación” las guerras y la pobreza, se deja de lado la inestabilidad política y económica de muchos países del Sur Global, las relaciones desiguales y de explotación colonial del mundo que hoy habitamos. Además, en la forma en que se narran las causas de los problemas, se presenta a la sobrepoblación como la raíz del desastre, y con frecuencia las respuestas que se proponen llevan implícitas intenciones bélicas, donde la solución irremediable parece ser la vía militar y la imposición de la fuerza. El discurso

de la sobrepoblación es, por tanto, una apología de la guerra, de la desigualdad y de la injusticia.

Sin embargo, la relación entre medio ambiente y población no es lineal, como lo plantean los malthusianos. La forma en la que se presenta el tema de la sobrepoblación y el medio ambiente está sesgada y despolitizada; se presentan realidades complejas de forma simple y se ofrecen políticas que resolverían el problema del modo en el que se ha presentado, y no desde la complejidad que realmente encierra. Malthus, contrariamente a lo que suponen sus críticos, no ha sido superado, y sus predicciones sobre la incapacidad, en el marco del orden social moderno, de los sistemas productivos para alimentar a los crecientes montos poblacionales mundiales, siguen cumpliéndose al pie de la letra. La propia crítica marxista de que la contradicción planteada por Malthus se resolvía con el desarrollo de las fuerzas productivas, comandadas por la ciencia y la tecnología, no ha resuelto el problema, por cuanto el orden social, encargado de distribuir desigualmente los bienes socialmente producidos, no ha sido superado. Tampoco han dejado de cumplirse sus predicciones acerca de la manera en que la propia población resolvería el problema de los excedentes poblacionales, esto es, por medio de la mortalidad y la migración. Millones de personas y niños mueren al año en el mundo por causas evitables. Millones de personas en el mundo tienen que abandonar sus lugares de origen, a fin de satisfacer sus necesidades de alimento y procurarse otros satisfactores básicos. Cada vez que alguien muere por causas evitables, cada vez que alguien tiene que abandonar su territorio para sobrevivir, o cada vez que alguien no puede satisfacer sus necesidades más elementales por motivos de desigualdad, por razones de poder o por jerarquía social, nos reitera una vez más la vigencia de Malthus y la certidumbre de sus palabras, aún no superadas.

El discurso sexista y racista malthusianismo

Otro de esos efectos materiales tiene que ver con el cuerpo y la vida de las mujeres. La lógica simplista y reduccionista, desde la cual está pensado este discurso, señala lo siguiente: si la sobrepoblación es el problema, entonces la planificación familiar es la solución, por consiguiente, las mujeres pobres del Sur global son las receptoras naturales de estos servicios (Hartmann, 2002). De este discurso se desprendió la gran apuesta del proyecto de desarrollo comandando por la ONU, que fue la planificación familiar. Los gobiernos más ricos, las fundaciones, las universidades y las agencias internacionales promovieron los programas de control de la población como un instrumento de desarrollo y de política de seguridad (Hartmann, 1995). En la década de 1960, Estados Unidos comenzó a invertir dinero en el control de la población, empujando a otras naciones a adoptar la planificación familiar como una condición para recibir su ayuda (Connelly, 2008). Declaraciones como la dada por el presidente Johnson, en 1968, en las que afirmaba que cada cinco dólares gastados en control de la población valían 100 dólares en crecimiento económico, sin duda, lograron que el movimiento fuera fructífero (Duden, 1992).

Estos programas fueron diseñados para reducir las tasas de natalidad de la manera más rápida y económica posible en mujeres pobres del mundo en desarrollo, utilizado a menudo la coerción. Asumieron que los pueblos “subdesarrollados” quieren reducir el número de hijos, pero simplemente carecían de los conocimientos y los medios para hacerlo. Este discurso ha sido desde entonces un atropello para los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. Con ello, no solamente se incidía de manera coercitiva en el cuerpo de las mujeres, sino que se instalaba la idea de que una “familia modelo” es aquella que es heterosexual y no tiene más de dos hijos. Además, la amenaza

**“Señalar la ‘sobrepoblación’
como la culpable de la
degradación ambiental permite
que los verdaderos culpables
se salgan del apuro.”**



de la sobrepoblación no venía de las mujeres de países más ricos, sino de las mujeres del Sur Global, las mujeres más pobres.

Al estar formulado así, el discurso de la sobrepoblación no solamente es sexista, sino también racista. Este discurso está alimentado de una idea de la pureza de la raza, un razonamiento de ultraderecha que comparten, paradójicamente los de izquierda también, y los pseudoambientalistas. Lo que hay detrás no es una preocupación genuina por la degradación del mundo natural, lo que hay es un discurso de miedo, de la amenaza de la gente de piel oscura, de esa población que es mayoritaria en los países pobres y que ha sido discursivamente construida como razas sin valor, y que están superando en número a la población blanca del mundo.

Señalar la “sobrepoblación” como la culpable de la degradación ambiental permite que los verdaderos culpables se salgan del apuro. Las causas verdaderas quedan ocultas, se construye un enemigo artificial de la naturaleza, por lo que muchas veces son las mujeres racializadas. Nada de lo que es propio del capitalismo patriarcal, de sus minuciosos mecanismos de construcción de pobreza material y moral, aparece como responsable de los problemas del mundo.

Tiempo de desafiar el malthusianismo

Si hablamos de población y medio ambiente, desde una mirada crítica, podríamos retomar lo que Noël Sturgeon (2009) llama la justicia ambiental reproductiva, como una alternativa a la planificación familiar como la solución más eficaz a la crisis ambiental. Estas propuestas limitan lo que significa, de manera más amplia, el ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos y la justicia ambiental, constriñéndola y reduciéndola al control de la fertilidad (Goldblatt, 2022). Estas posturas, que colocan al tamaño de la población como la principal

causa de la debacle ambiental, no sirven para salvarnos y salvar la vida en el planeta; más bien, operan como distractores en nuestra búsqueda de verdaderas soluciones, a la vez que distorsionan nuestra visión de justicia. Una justicia ambiental reproductiva tendría que velar por las personas en su integralidad, por la satisfacción plena de sus necesidades materiales y espirituales, pugnar por una calidad de vida que les permita protegerse de los peligros de la contaminación química que asfixia las ciudades y el campo, por espacios libres de las toxinas y contaminantes militares, y a favor de una sexualidad que se exprese más allá de los cánones binarios impuestos. En fin, todo esto implica que las personas estén libres de violencia y prejuicios, para que disfruten de un medio ambiente sano, de una sexualidad y vida reproductiva digna y plena.

Para caminar hacia una justicia socioambiental tenemos que empezar a desnaturalizar todas las formas de opresión, como las de Norte al Sur Global, las del centro a las periferias, de las élites globales a los grupos marginados, y quitarles el estatus que se les ha conferido como esenciales, inherentes e irreparables. Se requiere de una nueva forma de contrato que lleve a replantear nuevos esquemas tanto sociales como éticos y discursivos. La única forma de quitarle vigencia a las predicciones de Malthus es construyendo un nuevo orden social, desarticulando las estructuras de poder que fabrican pobreza, desigualdad y cancelan el futuro para las mayorías empobrecidas. Necesitamos estar dispuestos a crear un espacio vertiginoso que cuestione los discursos en general, particularmente en el ámbito ambiental, empezar por cuestionar el malthusiano, descubrir, en su lado ilustrado, la semilla de la desigualdad, el sometimiento y la pobreza de la que se nutre el sistema moderno. Tenemos que dar pie a nuevos entendimientos y a maneras innovadoras, más justas y éticas de hacer conocimiento y acción ambiental. Para ello hay que

poner a temblar conceptos y marcos teóricos que se nos han impuesto como únicos, develar aquello que hemos identificado como común y desenmascarar el poder que se ha instalado como la “verdad”. Pensar en un mundo con mayor libertad implica refutar lo conocido, a fin de adentrarnos en dimensiones incómodas, pero necesarias para imaginar nuevos horizontes.

Conclusiones

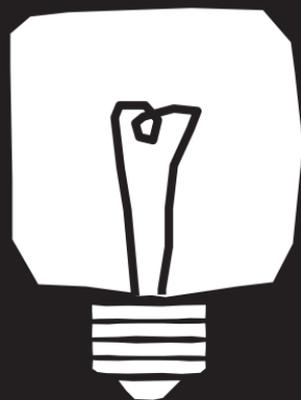
Lo que está detrás del malthusianismo es la ideología del privilegio, que es la narrativa de los elegidos, la historia relatada por los ganadores, quienes comandan y deciden los destinos del mundo. Es la historia de los vencedores, los que viven del trabajo ajeno, de los sueños ajenos, los que suponen encarnar los valores más representativos del mundo moderno, que son a su vez los valores de una modernidad hipócrita y mentirosa, una modernidad vacía, incapaz de mirarse en el espejo de sus abundantes contradicciones. Es esta la ideología de la que se nutren los privilegiados, los supuestos defensores de la igualdad, la democracia y el libre albedrío, quienes falsamente se oponen a la explotación; adalides de los derechos humanos universales, que no son ni humanos ni universales; defensores de todas las causas justas, autonombrados herederos de la moderna civilización ilustrada. Es este el marco ideológico de la socialización, se nace dentro de este discurso de los privilegiados, se le reproduce en las instituciones educativas, en el recinto familiar, en los medios de comunicación, penetra en las mentes y en los ámbitos más recónditos del ser, de tal manera que dicha narrativa se normaliza, y termina por ser actuada y reproducida por unos y otros. De ahí que, desde la plática de la sobremesa en casa, los discursos políticos y en las redes sociales, regresemos una y otra vez a la sobrepoblación como la causa del “cambio climático” y otros males sociales.

Analizar el discurso de la “sobrepoblación” nos permite hablar e indagar sobre algo más de lo que aparece en escena y de lo que es aparente, no solo de lo que se dice, sino también de lo que no se dice, de aquello que a veces solamente se insinúa, y en otras ocasiones se olvida, o de plano se oculta. Por una parte, nos permite dar cuenta de las estructuras de poder y del sistema jerárquico, racista y patriarcal que subyace en el discurso sobrepoblacionista; descubrir, mirando a fondo, que quienes enarbolan el discurso de que somos demasiados, expresan ideas elitistas, discriminando por razones de clase, raza y género, en donde los que sobran son los otros, regularmente los pobres, o las razas consideradas inferiores. Por la otra, da cuenta de toda la ideología que justifica el dominio, la intervención y la manipulación de los cuerpos, sobre todo el de las mujeres, para efectuar el más efectivo sistema de control y vigilancia. El cuerpo de la mujer y de otros seres de vida termina moldeado, adecuado, para servir mejor al sistema patriarcal en su expresión capitalista actual. Los programas de planificación familiar, adornados con el lenguaje ilustrado de la libertad, de la capacidad de elección y de la búsqueda del bienestar, terminan ajustados a las necesidades del imperio de la mercancía y de la moralina modernista. Hablar sobre la sobrepoblación nos permite, entonces, indagar más de fondo sobre la fábrica económica, política y social de la injusticia y desigualdad, así como sobre las estructuras de poder que permiten reproducir y hacer sustentable al mundo moderno.



**“...hay que poner a temblar
conceptos y marcos teóricos
que se nos han impuesto
como únicos, develar aquello
que hemos identificado como
común y desenmascarar el
poder que se ha instalado como
la ‘verdad.’”**





Referencias

- Connelly, M. (2008). *Fatal Misconceptions: The Struggle to Control World Population*. Cambridge, Harvard University Press.
- Dryzek, J. (2005). *The politics of the Earth: environmental discourses*. Oxford University Press.
- Duden, B. (1992). "Population" En Wolfgang Sachs (Ed.) *Development Dictionary. A Guide to Knowledge as Power*. Zed Books, pp.161-173
- Goldblatt Hyatt, E., McCoyd, J. L. M., & Diaz, M. F. (2022). From Abortion Rights to Reproductive Justice: A Call to Action. *Feminist Inquiry, Social Work*, 37(2). <https://doi.org/10.1177/08861099221077153>
- Foucault, M. (1995). *Discipline and punish. The birth of the prison*. Vintage Nooks.
- Hartmann, B. (1995). *Reproductive rights and wrongs*. South end Press.
- Hartmann, B. (2002). *Strategic scarcity. The origins and impacts of environmental conflict ideas*. London School of Economics and Political Science.
- Malthus, R. (1798). *Primer Ensayo Sobre La Población*. Tomado de <https://museoetnografico.com/pdf/puntodefuga/171128malthus.pdf>
- Sturgeon, N. (2009). *Environmentalism in popular culture. Gender race, sexuality and the politics of the natural*. University of Arizona Press.
- Tannen, D., D. Schiffrin & Hamilton, H. E. (eds.) (2001). *The Handbook of Discourse Analysis*. Blackwell.
- Vallejo Ilijama, M., Gavilanes Betancourt, E., Llumitaxi Pena, J. y Poma Pila-munga, A. (2019). Gestión integral de riesgos y manejo sostenible del agua, *Universidad y Sociedad*, 11(4): 267-275.



Cruzando fronteras: Perspectivas feministas y descoloniales para combatir el cambio climático

Miriam Gay-Antaki¹

El cambio climático es uno de los problemas más apremiantes de nuestro tiempo, ya que impacta de manera diferenciada a las poblaciones más vulnerables. La forma en que ha sido abordado, en su mayoría por científicos del Norte Global, no ha logrado reducir el calentamiento global ni sus impactos diferenciados. A menudo, los mecanismos propuestos para abordar la crisis climática, como los mercados de carbón, solo exacerbaban desigualdades sociales y ambientales y no logran parar el uso de combustibles fósiles (Boyd, 2009; Bumpus & Liverman, 2011; Gay-Antaki 2016). Por estas razones, en primer lugar, se vuelve cada vez más evidente la necesidad de desarrollar e integrar enfoques que desafíen las estructuras y los mecanismos que crearon la crisis.

Incorporar diferentes visiones para combatir problemas tan complejos como el cambio climático, puede parecer absurdo para quienes viven cómodamente en los estratos normativos de la sociedad y que creen en la calidad universal de su conocimiento. Pero para muchos otros, saber y navegar en diferentes mundos y formas de conocer ha sido una cuestión de supervivencia. Se pueden aprender muchas lecciones de aquellos que “cruzan fronteras” (Anzaldúa, 2003), y que son híbridos y bilingües (Rivera Cusicanqui, 2012). Como

¹ University of New Mexico. Correo: mgayantaki@unm.edu

explica Hill-Collins (1986), para sobrevivir, los grupos marginados han tenido que aprender a navegar en un mundo lleno de sistemas opresivos (patriarcado, capitalismo, colonialismo), creando una visión que permite ver el mundo con mayor claridad.

Un enfoque feminista descolonial nos permite investigar las relaciones de poder que producen conocimiento científico al trazar el origen de las ideas dominantes, cómo circulan globalmente y se legitiman. Señalaré que este enfoque nos permite investigar la manera en que se legitima el conocimiento científico y, junto con su distribución, la manera en la que sistemáticamente se coloca en desventaja a personas, debido a su género, geografía, raza, religión, nacionalidad, sexualidad, situación colonial, etc. Al delinear las relaciones de poder que transforman a las personas en categorías jerárquicas, podemos trazar las relaciones socioambientales que contribuyen a la crisis socioambiental para transformarlas.

Durante los últimos diez años han crecido enormemente perspectivas feministas ante el cambio climático. Dentro de mi contexto como mexicana, pero educada en Estados Unidos, muchos de los trabajos de género y medio ambiente, y críticas de la ciencia se encuentran dentro del mundo angloparlante. Los métodos para encontrar literatura relevante sobre el tema de género y cambio climático, por ejemplo, a través de Google Scholar desde Estados Unidos, al igual que las publicaciones que se consideran importantes en ese espacio, muestran que, en mis resultados de búsqueda, no aparecen publicaciones desde Latinoamérica y menos escritas en español. La falta de perspectivas feministas desde el Sur Global significa que están fuera del feminismo socioambiental global, ya que este es dominado por el mundo angloparlante.

También encuentro que, al leer textos desde América Latina, mucha de la terminología es traducida del inglés, lo que significa que,

en su mayoría, este pensamiento también es dominado por angloparlantes. La literatura angloparlante no reconoce estas exclusiones, pretende ser universal. Pero al excluir importantes perspectivas, desde otros contextos, con diferentes realidades, continuamos una violencia epistémica, además de que no encontramos soluciones a nuestros problemas socioambientales.

La dicotomía naturaleza-cultura y la ciencia

De la misma manera podemos entender las barreras que existen para acceder y contribuir al conocimiento científico y soluciones ante el cambio climático. Actualmente, sigue persistente un sector muy específico que pretende dominar el conocimiento científico, en su mayoría, masculino, blanco y occidental. Esta dominación no hubiera sido posible sin la dicotomía naturaleza-cultura, que separa al hombre de la mujer, al asociar al hombre con la cultura y a la mujer con la naturaleza (Neimanis, 2014). Una perspectiva descolonial, desde Latinoamérica, complica esta dicotomía, para entender el dominio sistemático de hombres y mujeres de Occidente, o sea blancos, resultado del colonialismo (Alimonda, 2011).

Este dominio blanco occidental se vive dentro del feminismo ambiental y otros feminismos. El ecofeminismo crítico se vuelve una corriente importante gracias a personas como Vandana Shiva, a principios de los noventa (Mies & Shiva, 1993), quienes ponen en el centro al patriarcado como principal opresor del medio ambiente y de la mujer, pero también critican al poder hegemónico de Occidente, incluyendo críticas importantes al capitalismo. Una rama ecofeminista, que en su mayoría refleja prioridades del segundo movimiento feminista —blanco, occidental, de clase media—, adopta las críticas de Shiva hacia las opresiones del patriarcado sobre las mujeres y el

medio ambiente, pero ignora las críticas al capitalismo y el poder hegemónico occidental que Shiva incluía.

La problemática acerca de la categoría “mujer”

Resulta problemático homogenizar a las mujeres en una simple categoría. Mientras que hay mujeres que pueden ignorar las opresiones del capitalismo hegemónico; para otras, esta opresión es más importante que la del patriarcado. Dentro del cambio climático, la homogenización de la mujer ha llevado a que se entienda el problema de género y cambio climático únicamente como uno de vulnerabilidad diferenciada ante impactos climáticos. A pesar de que es importante abordar la vulnerabilidad diferenciada, este enfoque no cuestiona las causas de esta vulnerabilidad diferenciada por sexo. La falta de cuestionamiento nos lleva a concluir que estas diferencias son naturales, que hay algo intrínseco en las mujeres que las hace más vulnerables ante impactos climáticos.

Bajo este marco, recursos designados para abordar problemas de género y cambio climático se enfocan en una población muy específica —rural normalmente—, donde se pretende resolver la crisis climática y de género repartiendo estufas eficientes (Gay-Antaki, 2016, 2020b). Dentro de esta conceptualización no llegamos a señalar que la manera en que se abordan problemas de género, dentro del discurso del cambio climático, replican estructuras que oprimen y limitan la participación de otras perspectivas posibles, para encontrar soluciones ante el cambio climático. Tampoco recalamos las estructuras patriarcales y coloniales que han sido las principales responsables del cambio climático. Al no focalizarnos en estas estructuras, permitimos que estas continúen impidiendo una justicia social y ambiental. Por esta razón, mi trabajo se enfoca en las dinámicas de género y cambio

climático no solo en áreas rurales, donde existe una real vulnerabilidad ante impactos climáticos, sino también en espacios científicos, en particular, en el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) y en las Conferencias de las Partes (COP) de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), donde las barreras interseccionales dentro de la ciencia y la política climática global no permiten una real participación de diferentes perspectivas.

En mis investigaciones sobre la introducción del género en políticas climáticas que surgen de las COP, encuentro que el ecofeminismo esencialista –que homogeniza a la mujer, colocándola cerca de la naturaleza, lejos de la cultura/ciencia–, domina el debate climático, oscureciendo los problemas más complejos e interseccionales como el racismo o el capitalismo (Gay-Antaki, 2020a). Es gracias a un esencialismo estratégico –concepto desarrollado por Spivak (1990)– que algunas voces marginadas han podido insertar agendas particulares dentro de instituciones con diferentes prioridades (Gay-Antaki, 2020a). Dentro del debate climático, la homogenización de la mujer ha sido un punto de entrada estratégico, para insertar el género en la agenda climática global. Aunque es vital que se aborde el tema, no es difícil entender que las COP prefieran un discurso esencialista, ya que es mucho más fácil tratar diferencias de género con proyectitos o talleres (Gay-Antaki, 2016, 2020b), que tratar con las injusticias de un capitalismo racista y sexista que sufren las mujeres, sobre todo, desde el Sur Global.

No obstante que, el ecofeminismo esencialista ha avanzado en los derechos de algunas mujeres, y del medio ambiente, también esconde la gran diversidad y experiencias que existen entre mujeres en las cuales el sexismo no es más que un obstáculo a combatir junto con el racismo, el colonialismo, el imperialismo y la heteronormatividad, de ahí que nuestro género no sea siempre el mayor obstáculo.

Una mirada feminista descolonial ofrece un posicionamiento útil que clarifica las relaciones de poder que oprimen a las mujeres y al medio ambiente sin caer en esencialismos.

Más allá de señalar vulnerabilidades diferenciadas ante el cambio climático, una perspectiva feminista descolonial señala la violencia epistémica de la ciencia climática, de cómo se ha entendido y abordado el problema de manera que continúan estructuras capitalistas, patriarcales y coloniales. Por ejemplo, aunque se puede apreciar un incremento en la participación de científicos del Sur Global dentro de esfuerzos globales, estos científicos deben ajustarse a las normas masculinas, occidentales y blancas, a pesar de que se les permite ocupar el espacio, no se les permite introducir una epistemología diferente.

La descolonización dentro de los espacios de la ciencia, la política y la acción climática deben ir más allá de pretender representar diferentes intereses, mediante la visibilidad de más identidades sociales, como personas distintas del Sur Global. Además, la presencia de distintas personas no garantiza que estas lleguen con una perspectiva del Sur global descolonizadora. Como subraya el sociólogo Grosfoguel, la gran victoria de la colonialidad es que ha infiltrado todo pensamiento, independiente de nuestra geografía, raza, clase, género (2007). El dominio de la ciencia occidental, como la única forma legítima de conocer, se plasma en que incluso si vemos un aumento de diferentes rostros participando en la ciencia y posicionamientos geopolíticos más diversos, no debe interpretarse como que estos científicos desafiarán automáticamente las estructuras científicas occidentales opresivas (Gay-Antaki, 2022). Al contrario, lo más probable es que promuevan el pensamiento occidental, incluso si ocupan un espacio no occidental. Esta es precisamente una de las mayores victorias de la ciencia occidental, al remover el lugar de enunciación, al equiparar lo occidental, masculino y blanco con lo universal, al reclamar la objetividad, la

ciencia occidental ha logrado colocarse como la única forma legítima de conocer el mundo. Más allá de pensar en los espacios poscoloniales como sitios donde el dominio colonial ha terminado; la colonialidad, término que enfatiza la persistencia del colonialismo, como explica Maldonado-Torres, continúa estructurando fuertemente nuestra vida cotidiana, dictando la mayoría de nuestras acciones, sueños y deseos (Maldonado-Torres, 2007).

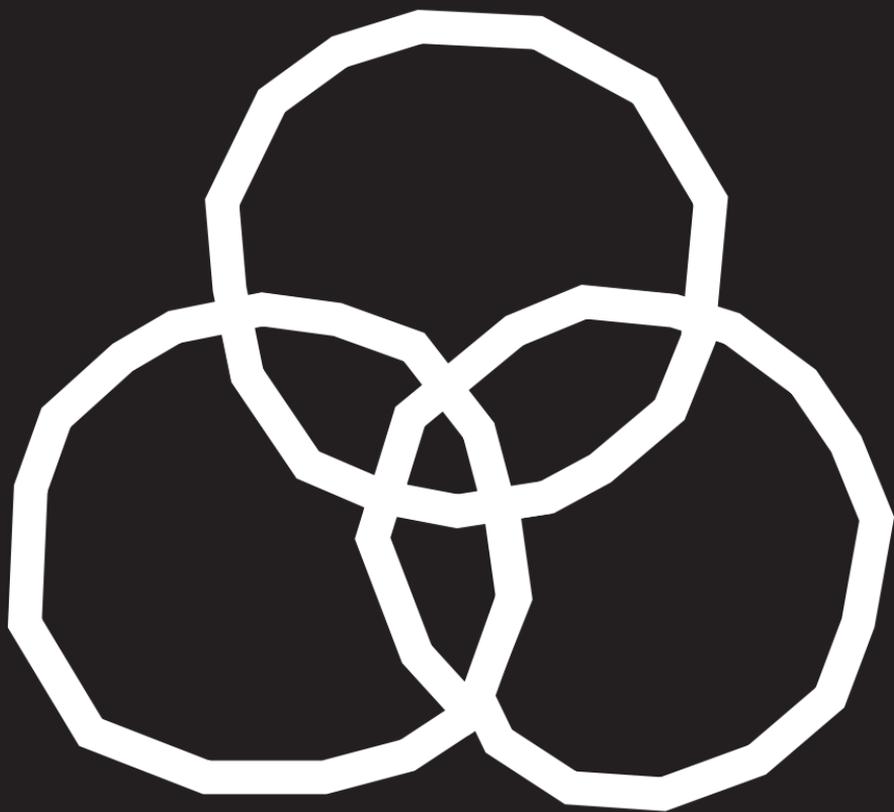
Feminismo descolonial para entender mejor los problemas socioambientales

Un enfoque descolonial enfatiza que no ha sido solo el hombre el que oprime a la mujer y al medio ambiente, sino que también existen hombres que oprimen a hombres, mujeres que oprimen a mujeres y mujeres que oprimen a hombres. Estas opresiones tienen en común la deshumanización del oprimido al asociarlo lejos de la cultura y cerca de lo natural, lo salvaje. Esta deshumanización del colonizado depende de la dicotomía cultura-naturaleza.

María Lugones, feminista descolonial, señala la manera en que esta deshumanización, durante la colonización, no solamente arrebató la humanidad de los colonizados, sino que también se les arrebató el género, ya que el hombre colonizado no representaba lo masculino y la mujer colonizada no representaba lo femenino (Lugones, 2007). Así es que entendemos cómo el sistema de género en el sistema capitalista no solo divide entre sexo, sino también entre raza. La asociación de la mujer del Sur Global con la naturaleza, y su consecuente deshumanización ha sido una herramienta clave para excluirla de contribuir significativamente a la ciencia.

Por ello hay que recalcar la importancia de centrar nuestros análisis feministas dentro de las intersecciones de género, raza y

“Hay que recalcar la importancia de centrar nuestros análisis feministas dentro de las intersecciones de género, raza y geografía, para encontrar caminos sostenibles hacia el cambio climático.”



geografía, para encontrar caminos sostenibles hacia el cambio climático. Al centrarnos en estas intersecciones exigimos que las soluciones que se proponen ante el cambio climático no perpetúen las estructuras que siguen perjudicando y marginando a quienes han sido silenciados durante mucho tiempo por la ciencia occidental y que son particularmente vulnerables ante el cambio climático. Junto con las mujeres de color y las feministas del Sur Global, subrayo que una de las formas más poderosas de desafiar las estructuras climáticas opresivas es transformar a quienes participan en el debate climático. Centrar a las mujeres de color y a las voces del Sur Global como agentes de cambio en el debate climático exigirá una reestructuración de cómo priorizamos el conocimiento y la acción climática. Este enfoque aclararía cuáles soluciones destinadas a mitigar y adaptarnos al cambio climático continúan jerarquías epistémicas, enfoques paternalistas, ideologías de modernización y mercados, que continúan explotando a los de la periferia al tratar con la crisis climática. Por esto debemos abordar cuestiones epistemológicas y cuestionar la manera en que se le ha otorgado a la ciencia occidental la máxima autoridad epistémica, perjudicando otras maneras de conocer (Code, 2014; Madhok & Evans, 2014).

Ciencia como una práctica social

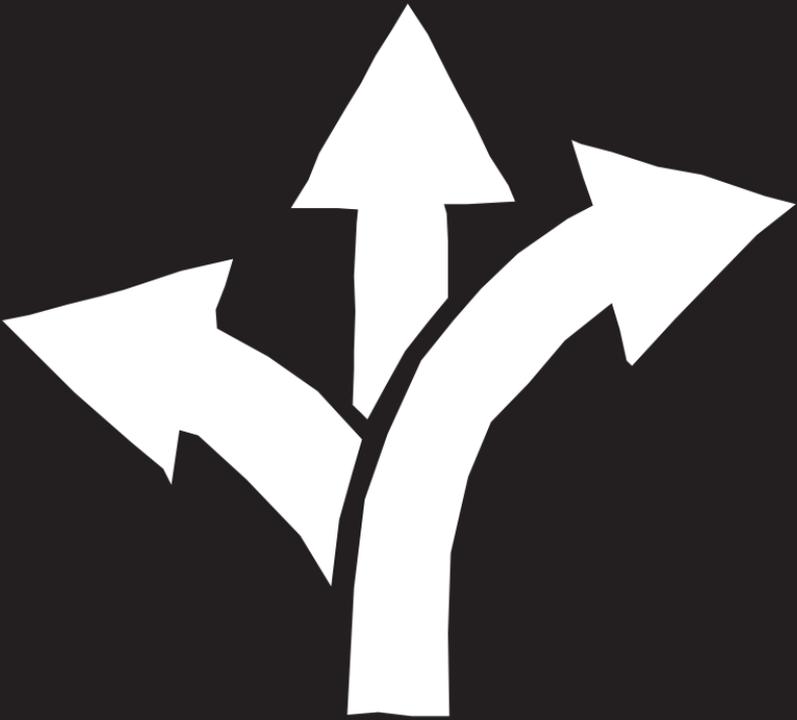
Cuando pensamos en la ciencia, solemos creer que esta representa la realidad y que es objetiva e imparcial (Maynard, 1997). La autoridad epistémica que se le otorga a la ciencia ha definido quién puede ser el sujeto con poder de saber y quién será el sujeto estudiado. Estas decisiones guían direcciones epistemológicas, qué fenómenos merecen ser estudiados y la producción de conocimiento que suponemos es universal y objetiva, pero que en realidad refleja prioridades del Norte

Global, excluyendo muchos otros puntos de vista y perspectivas. Sin embargo, la mayoría de nosotros cree que el método científico produce conocimiento confiable, completo, que representa la realidad. Desde una perspectiva feminista, estas creencias se desmoronan, no porque no se reconozca la utilidad del método científico, sino porque dudamos de los reclamos de objetividad. Un enfoque feminista descolonial nos permite investigar las relaciones de poder que producen conocimiento científico al trazar el origen de las ideas dominantes, cómo circulan globalmente y se legitiman. Necesitamos develar los mecanismos que producen alteridad y dependencia epistémica con el fin de enfrentarlas.

Al trazar los orígenes de la ciencia occidental, encontramos su foco en Europa y específicamente en Grecia. Como explica el filósofo descolonial Mignolo, hemos heredado la tradición de la filosofía occidental y los ideales de la razón y la objetividad, de una población muy homogénea, donde hay una separación muy clara entre el sujeto que produce ciencia y los objetos estudiados (1999). No es difícil entender que esta epistemología está incrustada en idiomas, en relaciones sociales y en genealogías particulares, en las que el vocabulario griego antiguo, el alemán, francés e inglés predominan. Pero pretendemos desarticular esta historia y geografía para alcanzar la objetividad. Dentro de esta formulación, el conocimiento que tiene historia, género y lugar no puede ser científico, se le etiqueta como indígena, feminista, popular, tradicional. Cuando no cuestionamos la superioridad que se le ha proporcionado al hombre blanco como productor legítimo de conocimiento científico, su posición se vuelve normativa.

En el contexto del cambio climático, la falta de diversidad dentro del conocimiento científico occidental limita como entendemos el problema, así como las soluciones. La forma en que se ha entendido y afrontado el problema no ha logrado reducir al calentamiento global ni los impactos diferenciados. Más bien, frecuentemente, los

“En el contexto del cambio climático, la falta de diversidad dentro del conocimiento científico occidental limita como entendemos el problema, así como las soluciones.”



mecanismos populares para mitigar o adaptarse al cambio climático exacerbando desigualdades sociales y ambientales, y no logran parar el uso de combustibles fósiles (Buechler *et al.*, 2020; Gay-Antaki, 2016; Johnson *et al.*, 2020). Para abordar el cambio climático, se vuelve cada vez más evidente la necesidad de desarrollar e integrar enfoques que desafíen las estructuras y los mecanismos que crearon la crisis. Cada vez más escuchamos reclamos para alejarnos de enfoques capitalistas y neoliberales, que no hacen nada para contrarrestar los desequilibrios del poder y las relaciones de explotación, y vemos diferentes caras participando dentro de la ciencia y política climática. Sin embargo, dentro de mis estudios sobre las COP y el IPCC, encuentro que se espera que personas con diferentes perspectivas se ajusten a las normas existentes de estos espacios políticos y científicos (Gay-Antaki, 2020a, 2021). En estos espacios, no se respetan diferentes perspectivas, valores y opiniones, como autoridades epistémicas. Más bien, su misma presencia física, sin dar importancia a su punto de vista, se utiliza para promover estereotipos coloniales de mujeres o pueblos indígenas como más cercanos a la naturaleza; como portadores de conocimiento tradicional; como objetos científicos más que como sujetos. Si bien las mujeres están comenzando a incursionar en la ciencia del clima, deben hacerlo bajo formas normativas, donde no existe otra forma de conocimiento del ya establecido. Dentro de estas condiciones, nuestros marcos dominantes, responsables de la crisis climática, no se desafían. El problema está en que esta desarticulación de género y geografía no se les presta a cuerpos marcados por género o raza. Estos cuerpos tienen que pasar por múltiples procesos de traducción e interpretación y navegar un espacio que continúa siendo hostil en muchos casos. Es por medio de la ciencia, que hemos construido a ciertas personas como más cercanas a la naturaleza. Por medio de esta separación, pretendemos entender problemas como la

crisis socioambiental desde nuestros laboratorios u oficinas, lejos de los lugares y cuerpos donde más se sienten sus impactos.

El científico posee la posición más privilegiada y prestigiosa como creador de conocimiento. Al no diversificar la ciencia, permitimos que continúe beneficiando intereses capitalistas, patriarcales y coloniales. Por lo tanto, debemos responsabilizar a la ciencia, y participar en ella con perspectivas críticas para crear espacios donde podamos generar conocimientos que aporten a la justicia socioambiental.

Cruzando fronteras hacia una ciencia ambiental feminista descolonial

Desde los estudios feministas se ha criticado la idea de que los investigadores puedan distanciarse y participar de manera imparcial sobre aquello que estudian. Nuestra capacidad de comprender el mundo es inseparable de nuestra posición social, que define lo que podemos entender y la manera en que lo hacemos. La bióloga Mary H. O'Brien sostiene que ser científico significa tomar partido: una vez que nos declaramos científicos y asumimos preguntas sistemáticas sobre el universo, tomamos un lado político (O'Brien, 1993). Como científicos, hacemos algunas preguntas y no otras, trabajamos con algunas personas y no con otras, distribuimos nuestra ciencia de cierta manera y a través de medios particulares. Todas estas acciones son decisiones políticas. Esto lleva a que la ciencia climática pueda exacerbar desigualdades epistemológicas, sociales y ambientales, dependiendo cómo priorice resolver la crisis climática, por lo que debemos responsabilizar a la ciencia, y participar en ella con perspectivas críticas para crear espacios donde podamos generar conocimientos que aporten a la justicia socioambiental. Como aclara Tuana, el punto de responsabilizar a la ciencia “no conlleva a eliminar lo político o los

intereses dentro la ciencia, sino entender cuáles son los intereses que avanzan al conocimiento y para quién, y cuáles intereses obstruyen al conocimiento, nuevamente para quién” (2013, p. 18). Se vuelve aparente que las soluciones para combatir el cambio climático no pueden provenir desde los mismos marcos responsables de este.

Me parece que el concepto de Donna Haraway de una “objetividad feminista” aporta una perspectiva esencial para combatir el cambio climático. Haraway sostiene que necesitamos reconocer que aprendemos en nuestros cuerpos. Esto nos permitiría admitir que nuestro posicionamiento sociopolítico siempre motiva las preguntas que hacemos y lo que llegamos a entender (Haraway, 1988). Similarmente, Gloria Anzaldúa (2003) mantiene que el conocimiento intuitivo, ese del que nos han enseñado a desconfiar, es lo más cercano a la realidad que podemos alcanzar. Una vez que reconocemos que nuestro cuerpo controla lo que aprendemos, también reconocemos que este conocimiento solo puede ser parcial. Como conocedores, habitamos espacios diferentes con historias que influyen lo que conocemos y lo que podemos conocer, luchando así contra posiciones que ven el mundo desde “ninguna parte” y, por lo tanto, desde cualquier lugar y para todos (Haraway, 1988).

Una ciencia climática descolonial ofrece herramientas para participar dentro de muchos debates alternativos, que desafíen las prácticas hegemónicas occidentales de modernización. La habilidad de cruzar fronteras sociales y epistemológicas es indispensable para adaptarse y mitigar el cambio climático. Este plantea un enigma aparentemente insuperable, aunque requiere una respuesta global y concertada, sus impactos son localizados y personales; las acciones para combatir el cambio climático son necesariamente locales, pero las políticas y tecnologías se proponen y planifican lejos de donde se pretenden implementar. Por consiguiente, es necesaria una ac-

ción concertada, gradual y global, pero también lo es una acción inmediata y localizada. Por lo que el cambio climático presenta una oportunidad para cruzar fronteras como ningún otro problema. El cambio climático, en particular como un “conocimiento observable, localizado, incrustado y encarnado, puede ofrecer postulados notables para enunciar la ubicación del conocedor, recalcar la práctica social de la ciencia... [y] por lo tanto, proporciona un terreno fértil para pensar sobre la legitimidad, la ciencia, el conocimiento y el poder” (Gay-Antaki, 2022, p. 120).

Al cruzar fronteras no descartaremos automáticamente conocimientos útiles por no llevar la etiqueta científica, objetiva, racional. Al contrario, cruzar fronteras como método tiene el potencial de expandir nuestro canon epistemológico, ya que valora el conocimiento producido por personas que están situadas e informadas por su posición sociopolítica, mientras desafían las categorías coloniales (todos estamos situados; todo conocimiento es situado). “Al cruzar fronteras, desarrollamos una mirada desde algún lugar, y requerimos un diálogo constante que trabaje tensiones, diferencias y contradicciones para lograr mejor entender y resolver la crisis climática” (Gay-Antaki, 2022, p.118). Acentuar la ubicación del conocedor tiene el potencial de igualar las jerarquías de conocimiento y avanzar en el conocimiento que se necesita para abordar el problema. Mientras que este cruce parezca imposible para aquellos que viven dentro de la sociedad dominante, como explica María Lugones, los que estamos fuera de la corriente principal “...de, por ejemplo, la construcción u organización de la vida dominante en los Estados Unidos somos ‘viajeros del mundo’ por necesidad y supervivencia... habitamos más de un ‘mundo’ al mismo tiempo y ‘viajar’ entre ‘mundos’ es parte integral de nuestra experiencia y nuestra situación” (1987, p.11). Por esta razón, para resolver la crisis climática “hay mucho que ganar aprendiendo de quienes

**“La habilidad de cruzar
fronteras sociales y
epistemológicas es
indispensable para adaptarse y
mitigar el cambio climático”.**





son ‘viajeros del mundo’ (Lugones, 1987) ‘cruzadores de fronteras’ (Anzaldúa, 2002), híbridos y bilingües (Rivera Cusicanqui, 2012), ya que esta hibridez otorga una mirada que puede entender mejor el mundo que nos rodea” (Gay-Antaki, 2022, p. 127) Una objetividad feminista subraya que los espacios que habitamos influyen en lo que sabemos y lo que podemos saber como sujetos de conocimiento. Bajo este marco, ninguna solución puede ser universal o global. Cruzar fronteras tiene el poder de fomentar diálogos constantes entre distintas epistemologías, para llevarnos a formular diferentes preguntas, realizar diferentes investigaciones y construir diferentes relaciones, produciendo conocimientos más completos sobre el mundo que nos rodea, a fin de abordar los problemas urgentes y de largo plazo del cambio climático.



Referencias

- Alimonda, H. (2011). La Colonialidad de La Naturaleza. En *La Naturaleza Colonizada: Ecología Política y Minería En America Latina* (21-58 pp). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Anzaldúa, G. (2003). La Conciencia de La Mestiza: Towards a New Consciousness. In Carole R. McCann and Seung-Kyung Kim (Eds.), *Feminist Theory Reader Local and Global Perspectives*,(p. 509) . Routledge.
- Boyd, E. (2009). Governing the Clean Development Mechanism: Global Rhetoric versus Local Realities in Carbon Sequestration Projects. *Environment and Planning A* 41(10): 2380–2395. <https://doi.org/10.1068/a41341>
- Buechler, S., Vázquez-García, V., Martínez-Molina, K. G., & Sosa-Capistrán, D. M. (2020). Patriarchy and (Electric) Power? A Feminist Political Ecology of Solar Energy Use in Mexico and the United States. *Energy Research & Social Science* 70: 101743. <https://doi.org/10.1016/j.erss.2020.101743>
- Bumpus, A. G., & Liverman, D. M. (2011). Carbon Colonialism? Offsets, Greenhouse Gas Reductions, and Sustainable Development.” In R. Peet, P. Robbins, and M. Watts (Eds), *Global Political Ecology* (pp. 203-225), . Oxford: Routledge, 203–25.
- Code, L. (2014). Feminist Epistemology and the Politics of Knowledge: Questions of Marginality. In Mary Evans, Clare Hemmings, Marsha Henry, Hazel Johnstone, Sumi Madhok, Ania Plomien & Sadie Wearing (eds.), *The SAGE Handbook of Feminist Theory* (p. 680). SAGE Publications Ltd
- Gay-Antaki, M. (2016). ‘Now We Have Equality’: A Feminist Political Ecology Analysis of Carbon Markets in Oaxaca, Mexico. *Journal of Latin American Geography* 15(3): 49–66. <https://doi.org/10.1353/lag.2016.0030>
- Gay-Antaki, M. (2020a). Feminist Geographies of Climate Change: Negotiating Gender at Climate Talks. *Geoforum* 115: 1–10. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2020.06.012>
- Gay-Antaki, M (2020b). Grounding Climate Governance through Women’s

- Stories in Oaxaca, Mexico. *Gender, Place & Culture*: 1–24.
- Gay-Antaki, M. (2021). Stories from the IPCC: An Essay on Climate Science in Fourteen Questions. *Global Environmental Change* 71: 102384–102384. <https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2021.102384>
- Gay-Antaki, M. (2022). Border Crossers: Feminist Decolonial Geography and Climate Change. *Progress in Environmental Geography*: 27539687221114890. <https://doi.org/10.1177/27539687221114887>
- Grosfoguel, R. (2007). The epistemic decolonial turn: Beyond political-economy paradigms. *Cultural Studies*, 21(2–3), 211–223. <https://doi.org/10.1080/09502380601162514>
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies* 14(3): 575–99. <https://doi.org/10.2307/3178066>
- Hill-Collins, P. (1986). Learning from the Outsider Within: The Sociological Significance of Black Feminist Thought. *Social Problems* 33(6): S14–532. <https://doi.org/10.2307/800672>
- Johnson, O. W., Yi-Chen Han, J., Knight, A.-L., Mortensen, S., Thazin Aung, M., & Boyland (2020). Intersectionality and Energy Transitions: A Review of Gender, Social Equity and Low-Carbon Energy. *Energy Research and Social Science* 70: 101774–101774. <https://doi.org/10.1016/j.erss.2020.101774>
- Lugones, M. (1987). Playfulness, “World” Travelling, and Loving Perception. *Hypatia*, 2(2), 3–19. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.1987.tb01062.x>
- Lugones, M. (2007). Heterosexualism and the Colonial/Modern Gender System. *Hypatia* 22(1): 186–219. <https://www.jstor.org/stable/4640051>
- Madhok, S., and Evans, M. (2014). Epistemology and Marginality. *The Sage Handbook of Feminist Theory*: 1–9.
- Maldonado-Torres, N. (2007). ON THE COLONIALITY OF BEING. *Cultural Studies*, 21(2–3), 240–270. <https://doi.org/10.1080/09502380601162548>
- Maynard, M. (1997). *Science and the Construction of Women*. UCL Press.

- Mies, M., and Shiva V. (1993). *Ecofeminism*. Fernwood Publications.
- Mignolo, W. D. (1999). I Am Where i Think: Epistemology and the Colonial Difference. *Journal of Latin American Cultural Studies* 8(2): 235–45.
- Neimanis, A. (2014). Natural Others? Nature, Culture and Knowledge. In *The Sage Handbook of Feminist Theory*, ed. Mary Evans et al. London: Sage, 26–44.
- O'Brien, M. H. (1993). Being a Scientist Means Taking Sides. *BioScience* 43(10): 706–708. <http://links.jstor.org/sici?sici=0006-3568%28199311%2943%3A10%3C706%3ABASMTS%3E2.0.CO%3B2-M>
- Rivera Cusicanqui, Silvia. (2012). Ch'ixinakax Utxiwa: A Reflection on the Practices and Discourses of Decolonization. *South Atlantic Quarterly* 111(1): 95–109. <https://doi.org/10.1215/00382876-1472612>
- Spivak, G. C.. (1990). *The Post-Colonial Critic : Interviews, Strategies, Dialogues*. Routledge.
- Tuana, N. (2013). Gendering Climate Knowledge for Justice: Catalyzing a New Research Agenda. In *Research, Action and Policy: Addressing the Gendered Impacts of Climate Change* (pp. 17–31). Springer Netherlands. https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-94-007-5518-5_2.



Este libro *Género y cambio climático* de la colección *¿Qué sabemos del cambio climático en México?* se terminó en julio de 2025 en la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Cambio climático y perspectiva de género en México

Abordar la realidad del cambio climático desde una perspectiva de género es una necesidad ética y política, además de una vía para profundizar nuestro entendimiento de la ciencia del cambio climático en México. Este volumen reúne tres trabajos que colocan el discurso climático en el centro de una reflexión crítica, proponiendo a la vez una lectura de la vulnerabilidad con enfoque de género, y formas descolonizadoras de producir conocimiento científico sobre este tema.

El Programa de Investigación en Cambio Climático (PINCC) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) inició en 2021 el ciclo de conferencias y conversatorios ¿Qué sabemos del cambio climático en México? que han dado lugar a esta colección.

En ¿Qué sabemos del cambio climático en México? expertos de distintas disciplinas científicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y de otras instituciones académicas del país, abordan distintos aspectos del cambio climático con una visión multidisciplinaria e integral de este fenómeno global y de importancia para el país.

Colección dirigida por el Dr. Francisco Estrada Porrúa.

ISBN colección: 978-607-30-8709-4

ISBN volumen: 978-607-587-579-8

<https://www.pincc.unam.mx>

